

UNA GUERRA EN EL SIGLO XXX

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



UNA GUERRA EN EL SIGLO XXX

por

GLENN PARRISH

CAPÍTULO PRIMERO

Declaración oficial del: Gobierno de Smylion, 7ª Confederación, 8° Subsector Galáctico.

Dirigida al: Gobierno de Korthok, 3ª Coalición, 1º Subsector Galáctico.

El Gobierno de Smylion, por la presente, solicita del Gobierno de. Korthok, reparación plena y absoluta de los daños infligidos por el segundo al primero en el incidente acaecido el día 22 de abril de 2962, y fija un plazo que expirará el día 31 de agosto del mismo año, para recibir explicaciones satisfactorias e indemnizaciones adecuadas. El plazo, que debe entenderse extendido hasta las 24:00 horas, tiempo galáctico, no será prorrogado. Caso de no recibirse dichas explicaciones, junto con el anuncio de las indemnizaciones solicitadas en memorándum aparte, el Gobierno de Smylion se considerará en estado de guerra con Korthok, su Gobierno y sus habitantes.

* * *

Declaración oficial del Gobierno de Korthok, 3ª Coalición, 1º Subsector Galáctico.

Dirigida al: Gobierno de Smylion, 7ª Confederación. 8º Subsector Galáctico.

¡Tururú!

* * *

Tranquilamente, sin sentir la menor preocupación por el presente ni, mucho menos, por el futuro, Jary Ock paseaba por el campo, muy lejos de la atosigante ciudad a la que había llegado a odiar con todas las fuerzas de su alma. En aquel cálido día del mes de agosto, Jary se sentía plenamente satisfecho, sin responsabilidades, sin tener que pensar en el trabajo del día siguiente, libre por fin de toda atadura y tan feliz como los pájaros que revoloteaban alegremente por los alrededores y hasta como las florcillas que crecían por todas partes,

brillantes y multicolores.

Su equipaje era mínimo: una bolsa que pendía de su hombro izquierdo y que contenía un par de trozos de pan, media botella de vino y algunas prendas de ropa. Era todo lo que necesitaba. Cuando tenía sueño, buscaba algún lugar relativamente abrigado, se tendía en el suelo y cerraba los ojos.

Hacía ya más de dos meses que vagabundeaba sin rumbo fijo, después de tomar la decisión que muchos calificaban de deserción. A Jary no le importaba en absoluto. Era libre.

Hacía calor. Vio un arroyo de aguas cantarinas y se quitó rápidamente el traje de una sola pieza, que era su único atuendo. Inmediatamente, se zambulló de cabeza en las frescas aguas. Nadó un buen rato, regresó a la orilla y metió el traje en el arroyo, a fin de que el agua arrastrase el sudor acumulado en el tejido. Luego lo dejó a un lado para que se secase y se tendió sobre la hierba, a la sombra de un frondoso álamo, de hojas susurrantes.

Se durmió apaciblemente. Cuando despertó, sentía hambre y se vistió. Entonces divisó a poca distancia una rareza: una higuera silvestre.

Los higos estaban exquisitos. Jary comió hasta saciarse. Luego se vistió y se dispuso a continuar la marcha.

De pronto, una sombra se proyectó sobre su cuerpo.

Al levantar la vista, divisó un aeromóvil, de forma discoidal, que descendía rápidamente hacia él.

—¿Qué querrán esos pajarracos? —gruñó.

El aparato se posó a corta distancia. Jary sabía que era inútil intentar la huida. Le atraparían irremisiblemente antes de que hubiera podido recorrer cien metros. A pie firme, aguardó a los dos hombres vestidos de negro, que avanzaban hacia él con el paso de unos robots. Pero eran hombres, aunque sus rostros quedaban ocultos por la visera de cristal, transparente sólo por el lado exterior, y que completaba el casco, también negro, que formaba parte de su lúgubre

atuendo.

Eran miembros de la Policía del Bienestar y la Producción, hombres sin alma, carentes de todo sentimiento afectivo. Sus nombres y cifras de identificación aparecían estampados en el lado izquierdo de sus uniformes. Pendientes de los gruesos cinturones de cuero sintético, llevaban sendas pistolas paralizantes.

Aquel organismo era denominado por la gente, pero en voz baja, «Producpol». Se ocupaban, esencialmente, de que los ciudadanos trabajasen.

Jary apretó los labios. «Me han cazado, al fin», pensó amargamente.

Los policías se detuvieron a dos pasos de distancia. Uno de ellos, con galones de sargento, dijo:

—¿Es usted Jary Ock?

Era inútil negarlo. Había medios más que sobrados para comprobar la identidad de una persona.

—Sí.

—¿Número 35-BXA-773-9/80?

—Sí.

—Se le comunica que está arrestado por conducta asocial. Si tiene algo que alegar en su favor, podrá hacerlo ante el juez correspondiente. Sírvase acompañarnos.

Jary suspiró.

—Está bien, muchachos.

Y echó a andar hacia el aeromóvil, flanqueado por los dos impasibles policías, cuyas pistolas podían dejarle paralizado incluso durante veinticuatro horas. Su era de libertad, pensó amargamente, podía darse por finalizada.

Solemnemente, el ujier anunció:

—¡Se inicia el juicio contra Jary Ock, acusado de conducta

asocial! Preside el tribunal el honorable juez Earthly Fanster.

Había muy pocas personas en la sala: el juez, el ujier, que era también registrador y escribano de los acontecimientos, los dos policías que habían realizado el arresto... y el acusado. No había defensor, dadas las circunstancias del caso. El acusado debía defenderse por sí mismo o aceptar los cargos.

El ujier giró y se encaró con el acusado:

—Diga su nombre y cifras de identificación —pidió.

Jary dio la respuesta adecuada. El juez Fanster le miró severamente.

—Se le acusa de conducta asocial, lo que significa negativa a trabajar y a cooperar con los demás ciudadanos en el bienestar común. Se le acusa de haber abandonado el empleo, sin previo aviso ni otra clase de permisos legales. Se le acusa de vagabundeo y de apropiación de alimentos pertenecientes a los ciudadanos. Diga si admite las acusaciones o se considera inocente.

Jary apretó los labios.

—Señoría, rechazo la acusación citada en último lugar. Los higos que comí procedían de una higuera silvestre —dijo.

El juez no se inmutó.

—Hasta la última brizna de hierba pertenece a los ciudadanos y nadie puede arrancarla sin los permisos adecuados —manifestó heladamente.

—Señoría, temo que en los cargos que me han formulado se haya omitido uno, muy importante a mi entender —dijo Jary.

—¿Sí? Eso significaría reconocer su culpabilidad...

—Los hombres de la «Producpol» que me arrestaron...

—Policía del Bienestar y la Producción —rectificó Fanster irritadamente.

—Presento mis excusas a ese honorable tribunal —dijo Jary—.

Bien, los policías que me arrestaron se olvidaron de citar que respiraba el aire del campo, que pertenece a todos los ciudadanos, sin los debidos permisos.

El ujier estuvo a punto de echarse a reír. Se contuvo, porque conocía bien al juez Fanster y sabía que, al menor desliz, podía encontrarse en el banquillo de los acusados.

El rostro del juez se tornó aún más severo. Jary se imaginó la sentencia: varios años en algún lugar donde, aparte de trabajar, sería «reeducado», para colaborar en todo momento con la comunidad. Trabajo duro, aunque bien alimentado, pero sin retribución y, sobre todo en las primeras fases de la condena, absolutamente aislado de todos los demás.

No, la Tierra no era ya un lugar agradable como lo había sido épocas pasadas, pese a guerras y revoluciones. Ahora todo estaba calculado y medido al segundo y al milímetro, y nadie podía desviarse en absoluto de la línea trazada por unos seres deshumanizados que se llamaban a sí mismos gobierno.

Era inútil luchar contra lo inevitable. Era sólo una ola que se rompería en su primer choque contra los acantilados de la orilla; no era el mar capaz de modificar la costa a lo largo de incontables siglos de erosión. Ni siquiera valía la pena lamentarse por sí mismo.

Heladamente, el juez Fanster preguntó:

—¿Tiene el acusado algo más que manifestar, antes de que dicte sentencia?

Entonces, Jary recordó una noticia que había leído en un periódico viejo que encontró días antes. Sonriendo, se puso los pulgares en ambas orejas, sacó la lengua y dijo:

—¡Tururú!

El rostro del juez se congestionó. «Ahora me va a aporrear con todo el Código Penal», pensó Jary.

De repente, un hombre entró en la sala. Fanster se volvió colérico por la interrupción, dispuesto a arrojar el peso de su autoridad sobre el

intruso. Pero éste, sin hacer caso, se inclinó sobre Fanster y le dijo algo al oído.

La cara del juez sufrió una transformación asombrosa. En un instante pasó de la furia más absoluta hasta la amabilidad llena de servilismo. Poniéndose en pie, miró a Jary y, con una sonrisa inusitada en su rostro de gárgola, dijo:

—Es para mí un grandísimo placer saludar al hombre que va a defender el honor y la dignidad de la Coalición de Planetas, de la cual el nuestro, la Tierra, forma parte orgullosamente.

Jary se quedó como si viera visiones, con la boca abierta y los ojos casi fuera de las órbitas.

—Pero ¿qué dice este chiflado?

Entonces, el recién llegado abandonó el estrado y se dirigió hacia Jary.

—Soy el coronel Sixtus Wargh. Jary Ock, le comunico oficialmente que todos los cargos que se le imputaban han sido retirados y está completamente absuelto. Sígame, por favor.

* * *

Cuando conoció la noticia, Jary se sublevó.

—¡No, no y mil veces no! —gritó descompuestamente—. Pero ¿es que se han vuelto locos todos ustedes?

—Lo siento —dijo Wargh, mientras llenaba una copa de líquido rojo—. La computadora superior le ha designado a usted. No tiene otro remedio que aceptar.

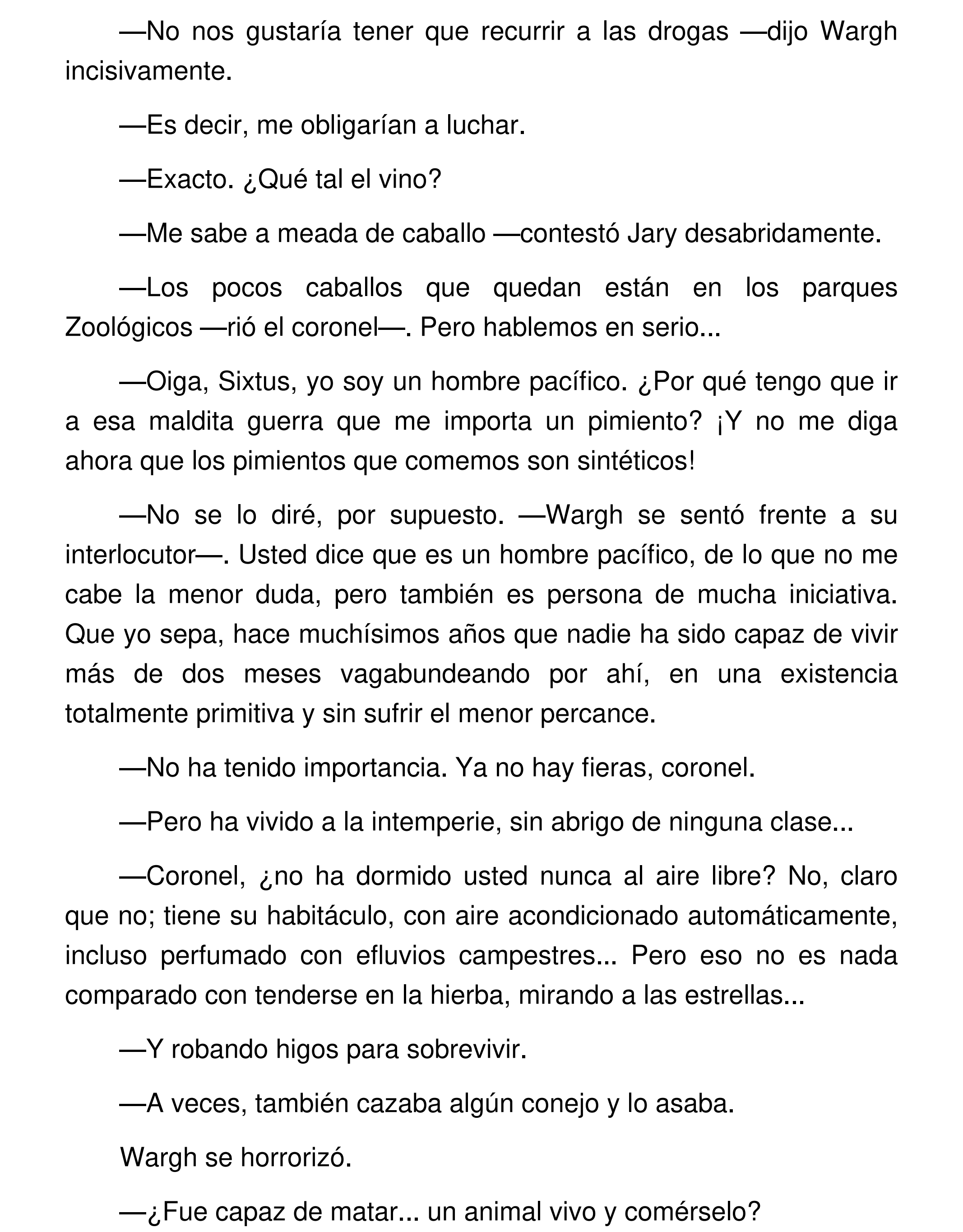
—¿Qué pasaría si me negase? —preguntó Jary.

—No puede negarse.

—Me declararé en huelga de hambre.

—Le alimentaremos a la fuerza. Beba.

—¿Y si aún así no quiero aceptar?



—No nos gustaría tener que recurrir a las drogas —dijo Wargh incisivamente.

—Es decir, me obligarían a luchar.

—Exacto. ¿Qué tal el vino?

—Me sabe a meada de caballo —contestó Jary desabridamente.

—Los pocos caballos que quedan están en los parques Zoológicos —rió el coronel—. Pero hablemos en serio...

—Oiga, Sixtus, yo soy un hombre pacífico. ¿Por qué tengo que ir a esa maldita guerra que me importa un pimiento? ¡Y no me diga ahora que los pimientos que comemos son sintéticos!

—No se lo diré, por supuesto. —Wargh se sentó frente a su interlocutor—. Usted dice que es un hombre pacífico, de lo que no me cabe la menor duda, pero también es persona de mucha iniciativa. Que yo sepa, hace muchísimos años que nadie ha sido capaz de vivir más de dos meses vagabundeando por ahí, en una existencia totalmente primitiva y sin sufrir el menor percance.

—No ha tenido importancia. Ya no hay fieras, coronel.

—Pero ha vivido a la intemperie, sin abrigo de ninguna clase...

—Coronel, ¿no ha dormido usted nunca al aire libre? No, claro que no; tiene su habitáculo, con aire acondicionado automáticamente, incluso perfumado con efluvios campestres... Pero eso no es nada comparado con tenderse en la hierba, mirando a las estrellas...

—Y robando higos para sobrevivir.

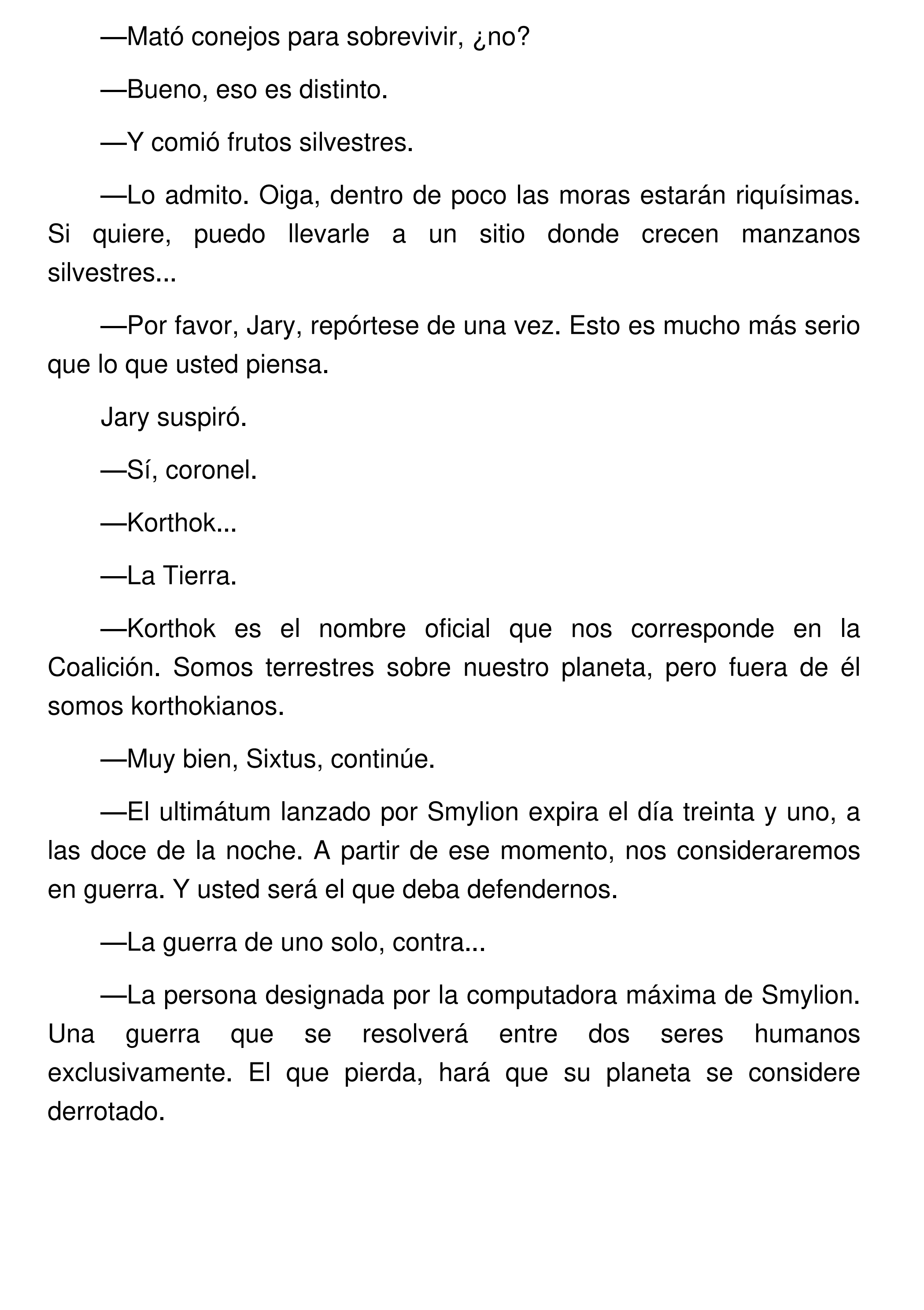
—A veces, también cazaba algún conejo y lo asaba.

Wargh se horrorizó.

—¿Fue capaz de matar... un animal vivo y comérselo?

—El hombre fue cazador desde que supo ponerse sobre dos pies —contestó Jary—. Pero veo que no nos entenderíamos...

—No, en absoluto —convino Wargh—. Hablemos del asunto que nos ocupa. Fue elegido por la computadora máxima y tiene que



defender el honor de la Coalición.

—Jamás he tenido un arma en las manos.

—Mató conejos para sobrevivir, ¿no?

—Bueno, eso es distinto.

—Y comió frutos silvestres.

—Lo admito. Oiga, dentro de poco las moras estarán riquísimas. Si quiere, puedo llevarle a un sitio donde crecen manzanos silvestres...

—Por favor, Jary, repórtese de una vez. Esto es mucho más serio que lo que usted piensa.

Jary suspiró.

—Sí, coronel.

—Korthok...

—La Tierra.

—Korthok es el nombre oficial que nos corresponde en la Coalición. Somos terrestres sobre nuestro planeta, pero fuera de él somos korthokianos.

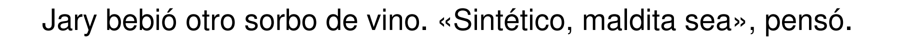
—Muy bien, Sixtus, continúe.

—El ultimátum lanzado por Smylion expira el día treinta y uno, a las doce de la noche. A partir de ese momento, nos consideraremos en guerra. Y usted será el que deba defendernos.

—La guerra de uno solo, contra...

—La persona designada por la computadora máxima de Smylion. Una guerra que se resolverá entre dos seres humanos exclusivamente. El que pierda, hará que su planeta se considere derrotado.

CAPÍTULO II



Jary bebió otro sorbo de vino. «Sintético, maldita sea», pensó.

—Muy bien, debo pelear contra otro hombre...

—A muerte.

—Eso suena muy duro.

—Él no tendrá compasión de usted, Jary.

—Bonita perspectiva —gruñó el joven—. ¿Qué más, coronel?

—La lucha se efectuará en Bruddubnash, planeta acordado por ambos bandos en conflicto y considerado como campo neutral. Usted será conducido allí y se le indicará el momento en que debe buscar a su adversario.

—Perfectamente. ¿Armas?

—Ninguna.

Jary saltó en su asiento.

—¿Cómo?

—Ésas son las reglas por las que se rigen las guerras actuales. Cada contendiente debe usar exclusivamente su astucia para derrotar a su adversario. Usted, durante estos dos meses ha demostrado que es listo e inteligente y ha sabido sobrevivir sin más que su propia habilidad, esto aparte de otras cualidades reconocidas por la computadora.

—Veamos, veamos —dijo Jary, algo repuesto de la sorpresa recibida—. No he de llevar armas a Bruddubnash, pero eso no significa que no pueda construirlas con mis propias manos.

—Oh, claro que sí, y ahí es dónde reside principalmente el éxito o el fracaso del combatiente. Usted llegara a Bruddubnash, se construirá las armas que juzgue convenientes y matará a su enemigo.

—Y Korthok, es decir la Tierra, habrá ganado la guerra.

—Exactamente.

—Supongamos que gano. ¿Qué será luego de mí?

—Se le tiene asignada una importante recompensa.

—¿Cuál, coronel?

Wargh se mostró evasivo. Jary le apremió:

—Hable, hombre, no se calle.

—Bueno... ha... hay una vacante de capitán en la «Producpol»... perdón, en la Policía de Bienestar y Producción...

Jary miró incrédulo a su interlocutor.

—¿Y eso es todo lo que me van a dar si gano?

—Un capitán es un hombre muy respetado, Jary —refunfuñó Wargh.

—Eso me importa un rábano silvestre, y yo sé dónde encontrarlos. Quiero algo más.

—Dinero no puede ser, no se usa y usted lo sabe. ¿Más comida? Bueno, en dos semanas estaría harto...

—Pero, ¡en qué mundo tan absurdo vivimos! Esto es algo disparatado... claro que de qué podemos quejarnos si permitimos un gobierno como el que tenemos.

—¡Le prohíbo que hable así, Jary! —se escandalizó el coronel—. Tenemos un gobierno justo, eficaz y competente, que se preocupa en todo momento por el bienestar y la salud del ciudadano. A otro cualquiera no le habría permitido una observación semejante; le costaría muy caro, créame.

—Pues dicho está y no pienso retractarme. Es un gobierno cruel, tiránico, e injusto, y su presidente, Bushwukin, el peor de todos.

Wargh se tapó los ojos con una mano.

—Jary, mis nervios, por favor —suplicó—. Tengo orden de complacerle en todo, pero no diga cosas que me traumaticen, se lo ruego.

«Están programados como robots», pensó el joven desdeñosamente. Era una civilización deshumanizada, basada en el absoluto control de los ciudadanos, desde el nacimiento hasta la muerte, calculando al milímetro y al gramo lo que podía consumir y producir cada uno, y la utilidad que podía extraerse de cada ciudadano de la Tierra. Ni las abejas, tan eficientes en su labor de extraer cera y miel de las flores, o las hormigas, acumulando víveres en sus hormigueros, alcanzaban siquiera a la actual organización terrestre.

Pero las abejas y las hormigas actuaban por instinto y el hombre era un ser inteligente, capaz de actuar por su cuenta... y al que no se le permitían tomar decisiones propias.

—Ha dicho que tiene orden de complacerme en todo —habló, tras unos segundos de pausa.

—Así es. Todavía tiene casi cuatro semanas para prepararse —respondió Wargh—. Lo único que no puedo es, precisamente, facilitarle armas.

—Muy bien, coronel. De momento, quiero comer y beber como lo hacían las gentes antes de que se nos impusiera este sistema. Alimentos naturales, no elaborados en las fábricas con sabe Dios qué porquerías: carne, frutas, patatas, pescados... vinos de uva y no fabricados en algún laboratorio... ¿Me ha oído?

—Sí, Jary.

—Luego me conducirá a la Biblioteca Mundial.

—¿Para qué? —se extrañó el coronel—. Es un sitio al que sólo pueden acceder los científicos especialmente autorizados...

—Bueno, si no quiere que vaya allí, le daré una relación de libros que debe traerme. Leí algunos hace años y me gustaron muchísimo, pero casi los he olvidado y necesito refrescar la memoria.

—Pero ¿cómo pudo entrar en un sitio tan estrictamente vigilado...? —se pasmó el coronel.

Jary le guiñó un ojo.

—Por la alcantarilla. Una de las bibliotecarias, algo madura, pero muy apetitosa, me enseñó el camino. Yo iba cuando cesaba la jornada y ella me recibía en sus habitaciones privadas y lo pasábamos bomba. Una vez, incluso, me quedé dos semanas seguidas sin salir de su cuarto. Ella me traía libros para entretenerme y así fue como... Anote, coronel, por favor. El primer libro que debe traerme es "Robinson Crusoe", de Daniel De Foe. Por si no lo sabe, le diré que trata, más o menos, de un hombre que llega a una isla deshabitada y consigue sobrevivir, sin nada más que su inteligencia y su habilidad manual. Los otros libros son...

Wargh, aturdido escribió los títulos que le citaba el joven. Al terminar, Jary alzó el dedo índice:

—Ah, y además, me permitirán hacer ejercicio físico. No voy a pasarme encerrado en esta habitación más de tres semanas, dejando que se oxiden mis articulaciones, ¿estamos? Póngame todos los guardias de vista que quiera, pero déjeme salir al campo a entrenarme.

—Yo iré con usted, por supuesto.

—Magnífico, coronel. Ande, ande, vaya a buscar esos libros. Y tráigame una buena cena; empiezo a sentir hambre.

Wargh se puso en pie. De pronto, Jary se fijó en el retrato que había detrás del sobrio despacho de su interlocutor, y en el que aparecía la figura de un hombre de unos cincuenta años, delgado, ascético, con bigote y grandes entradas en la frente, y mirada de hombre señalado por el destino para guiar a los demás.

Jary sonrió mientras se acercaba al retrato, impreso en un tejido finísimo, aún más que la seda, pero de cierta resistencia. Estaba adherido simplemente a la pared y, de súbito, lo arrancó de un manotazo.

—Pero ¿qué hace? —gritó Wargh, aterrado—. Es el retrato de nuestro presidente Bushwukin...

—¿Cree que no lo sé? Pero en los últimos tiempos, he padecido

ciertos trastornos digestivos, sin ninguna importancia; sólo un ligero estreñimiento. Pondré este retrato en la parte interior de la puerta del baño y ello facilitará mi peristaltismo intestinal y mis deposiciones serán cómodas y placenteras. —Burlonamente, Jary besó el retrato—. ¡Cuánto te querré cuando cures mis intestinales, presidente mío!

Wargh se encaminó hacia la puerta, horrorizado por aquella falta de respeto hacia el supremo dirigente de la Tierra. De pronto, Jary alargó un brazo hacia él:

—Ah, se me olvidaba una cosa —exclamó—. No se le olvide incluirlo en mis comidas y almuerzos: cigarros habanos y coñac. O no habrá guerra. ¿Estamos?

—Sí, sí, lo tendrá todo...

Jary se echó a reír.

—Será cosa de aprender de nuevo el "Robinson Crusoe", para poder sobrevivir en Bruddubnash —se dijo.

Luego se preguntó quién sería su contrincante. «¿A qué infeliz smylionita le habrá tocado en china?».

* * *

A la mañana siguiente, después de un sueño reparador y un abundante desayuno, Jary manifestó que iba a entrenarse al campo.

—Le llevaré en mi aeromóvil —se ofreció Wargh.

—Nada de eso —contradijo el joven—. Iré y volveré a pie desde esta casa. Cuando llegue a Bruddubnash, quiero estar bien entrenado, ¿comprende? Vuele a poca altura sobre mi cabeza y podrá controlarme, ¿estamos?

—Muy bien, como quiera —se resignó el coronel.

Minutos después, Jary salía del edificio, escoltado por Wargh y un par de policías, que volaban a pocos centímetros del suelo. Jary pegó los codos a los costados e inició su primera sesión de marcha atlética.

—Coronel —dijo a poco—, ¿qué plazo hay para liquidar la

guerra?

—Realmente, ninguno, aunque sería conveniente que lo acelerase al máximo —respondió Wargh.

—Es decir, el otro debe morir cuanto antes.

—Dicho crudamente, así es, en efecto.

—¿Qué sucedería si el muerto fuese yo?

—No quiero ni pensarlo —se espantó el coronel—. Sería la ruina para la Tierra, digo, Korthok... Durante generaciones enteras nos sentiríamos abrumados por la vergüenza... y tendríamos que pagar, además, un precio material muy alto.

—¿Cuál, Sixtus?

—El veinticinco por ciento de toda la producción del planeta, tanto industrial como agrícola.

—Y, ¿por cuánto tiempo?

—Un día, claro.

—¿Sólo la producción de un día? —se asombró Jary—. No es demasiado, me parece... ¿Qué haría Smylion con la cuarta parte de lo que se produce en la Tierra?

—Se ve que no conoce Smylion. Apenas hay cuatro millones de habitantes y aquí, en la Tierra, y gracias a la emigración a otros planetas, sólo somos veinte mil millones. Consumimos cada día nada menos que diez mil millones de toneladas de alimentos, contando a quinientos gramos por persona, de modo que los smylionitas podrían alimentarse con dos mil quinientos millones de toneladas durante décadas enteras. Y no hablemos de la producción industrial...

—No hablemos, en efecto. Caramba, veinte mil millones, dejarse amedrentar sólo por cuatro millones... Eso significa que cinco mil terrestres, o korthokianos, como prefiera, tienen que trabajar todo un día sólo para un smylionita. Y ese tipo vivirá como un rey poco menos que el resto de su existencia, gracias a nosotros...

—Si pierde usted la guerra.

—Es verdad, había olvidado que también puedo ganar. ¿Por qué ha estallado el conflicto, coronel?

—Lo siento. Son motivos reservados para ambos gobiernos. Ninguno de los dos ha juzgado prudente hacerlos públicos.

—Es decir, se manda a la gente a la guerra, sin más, sin decirle el porqué...

—Los motivos son justos y eso debe bastarle, Jary.

—Claro, claro, Sixtus —contestó el joven sardónicamente—. A fin de cuentas, no es su pellejo el que está en juego, sino sólo el producto de dos horas de trabajo. Números, números, números... ¡Odio las matemáticas, coronel!

Wargh no pudo contener una sonrisa al oír la pintoresca exclamación del joven. Al cabo de unos minutos, Jary preguntó:

—Sixtus, ¿se sabe quién es mi contrincante?

—Lo conocerá después de la cena —respondió Wargh.

CAPÍTULO III

Jary apuró el último trago de coñac y arreó una larga chupada al cigarro que había encendido poco antes. Luego hizo un gesto con la mano.

—Listo, coronel.

—Sígame, Jary.

Los dos hombres se encaminaron hacia una sala contigua, en la que esperaban varios individuos uniformados de negro. Frente a la entrada, había una gran pantalla.

—Vamos a establecer conexión con Smylion, vía subespacial, que como no ignora, es instantánea —dijo Wargh—. El protocolo exige que usted y su adversario estén completamente desnudos. Es

una especie de reconocimiento de lealtad y honestidad en la lucha, ¿comprende?

—Vaya unos métodos —gruñó el joven, mientras, sujetando el cigarro con los dientes, se bajaba el cierre relámpago de su traje de una sola pieza.

—El cigarro —avisó Wargh, cuando ya se encendía la pantalla.

—No —contestó él, sin soltarlo de su fuerte dentadura.

De repente, una mujer desnuda apareció en la pantalla.

Wargh y los policías se volvieron de espaldas instantáneamente. Pasmado, Jary se quitó el humeante cigarro de la boca y contempló a la mujer, algo más joven que él, cuyos ojos, a su vez, le miraban con hostilidad poco disimulada.

—Me llamo Fryna Romm y mi identificación es CNQQLY-51-EE —dijo ella.

Jary tardó algunos segundos en contestar. Fryna, lo mostraba la pantalla en su tamaño natural, era bastante alta, robusta, de senos firmes y macizos, y sólidas caderas. El pelo era muy rubio, largo, suelto sobre los redondos hombros.

—Soy Jary Ock —dijo él, una vez repuesto de la impresión—. He tenido mucho gusto en conocerte, Fryna.

—Yo, no. Jary, te mataré. Pienso vengar la injuria que ha recibido mi planeta. ¿Me entiendes?

—¿Te violó algún terrestre? —preguntó él burlonamente—. Pero, no, claro que no; a ti no te violaría ni el más hambriento de sexo. Eres el perfecto antídoto contra la lujuria, Fryna.

Ella lanzó un grito de rabia. De repente, retrocedió unos pasos y agarró algo con la mano.

La estancia en que se hallaba, estaba decorada con cierto gusto. Fryna agarró un enorme jarrón con ambas manos y lo arrojó contra la cámara. La imagen se extinguió instantáneamente.

Jary se echó a reír.

—Coronel, ¿están locos los smylionitas?

—No menosprecie a su enemigo, aunque sea una mujer. Está acostumbrada a la vida al aire libre, como todos los naturales de Smylion, y va a resultar un enemigo mucho más duro que lo que usted se imagina —contestó Wargh sensatamente.

—Lo tendré en cuenta, Sixtus. ¿Puedo vestirme?

—Claro. ¿Cómo van sus lecturas, Jary?

—Perfectamente. Ahora estoy en condiciones de escribir el "Manual del Perfecto Náufrago" —rió el joven.

De pronto, se volvió hacia Wargh.

—Por cierto, los náufragos solitarios en islas desiertas no tenían mujeres a su disposición. Pero yo no estoy en una isla desierta...

—Le entiendo muy bien lo que quiere decirme, Jary. Olvídelo —contestó Wargh secamente.

—¿Está casado? —preguntó el joven,

—Sí, pero sólo visito a mi mujer, una vez a la semana y sólo durante una hora, tal como prescriben las leyes.

Jary sonrió maliciosamente.

—Es preciso que esas leyes cambien, al menos, para mí —murmuró.

* * *

Por la noche, después de la cena -extrañamente, Wargh no le había acompañado- entró una mujer y se detuvo bruscamente ante él.

—Soy la general Kella Marsl —se presentó—. Sustituyo al coronel Wargh, relevado de su cargo por incompetencia.

Jary se quedó con la boca abierta. La mujer tenía cerca de cuarenta años y era bastante atractiva, pese al gesto severo que endurecía sus facciones. Contempló unos instantes el robusto pecho, que el uniforme no podía ocultar, y las pomposas caderas, sumamente incitantes, y luego sonrió.

—Siéntese, general; tomaremos una copa juntos...

Kella agarró la botella y la caja de cigarros.

—No habrá ya más coñac ni tabaco —decidió—. Y recibirá sólo comida normal, ¿entendido? Queremos enviar a Smylion a un hombre fuerte y no un degenerado.

—Un momento, general —pidió el joven con aparente mansedumbre—. En principio, estoy de acuerdo con usted, pero antes debe permitirme una observación.

—¿Sí?

Jary le quitó la botella y la caja de cigarros. Luego, inesperadamente la agarró por un brazo y la hizo sentarse sobre sus rodillas. A continuación, empezó a golpearle el trasero con auténtica furia.

—Soy una especie de condenado a muerte y no voy a permitir que unos seres deshumanizados, con una calculadora en lugar de cerebro, me priven de los mínimos placeres de la vida —dijo, mientras ella perneaba frenéticamente—. Quieta, estúpida; te dolerá menos...

Kella chillaba y se debatía con todas sus fuerzas, pero era sólo una pluma en las manos del joven. Al fin, Jary se cansó y, levantándose de golpe, la hizo rodar al suelo.

Ella volvió a chillar de nuevo.

—Le costará caro, haré que lo envíen a un reformatorio para el resto de sus días...

—¿Ah, sí? ¿Y quién irá a la guerra, tonta?

La general calló un instante. Jary hizo un gesto con la mano.

—Levántate —ordenó.

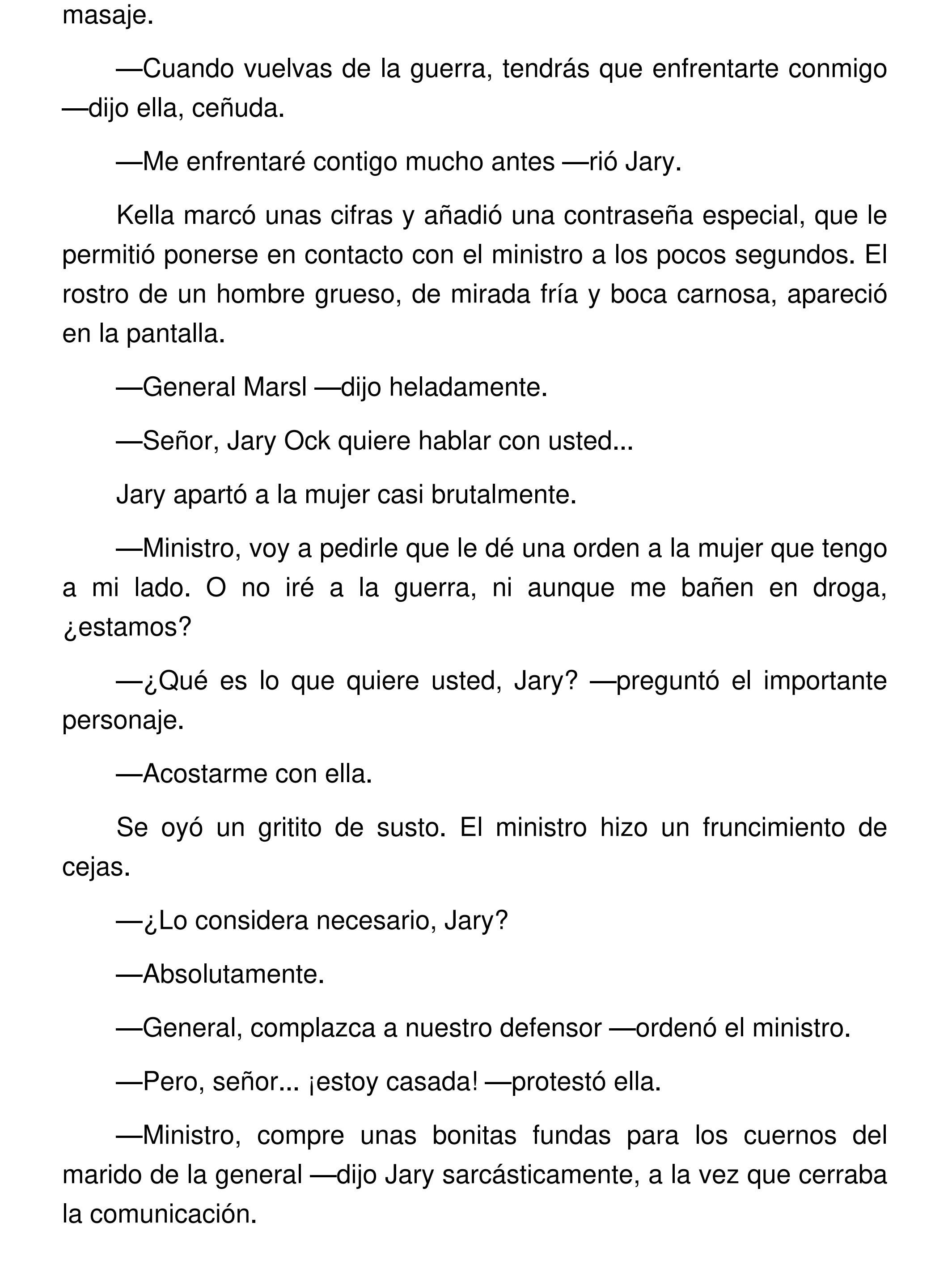
Kella obedeció, extrañamente fascinada por aquel hombre que había apagado su cólera en pocos momentos.

—A veces, Wargh hablaba con el ministro de Relaciones Interplanetarias por el videófono que está en aquella mesa. Llámalo

inmediatamente y dile que quiero hablarle.

—Eso es irregular...

—No me importan los protocolos. Llámale o repetiré la «dosis» de masaje.



—Cuando vuelvas de la guerra, tendrás que enfrentarte conmigo —dijo ella, ceñuda.

—Me enfrentaré contigo mucho antes —rió Jary.

Kella marcó unas cifras y añadió una contraseña especial, que le permitió ponerse en contacto con el ministro a los pocos segundos. El rostro de un hombre grueso, de mirada fría y boca carnosa, apareció en la pantalla.

—General Marsl —dijo heladamente.

—Señor, Jary Ock quiere hablar con usted...

Jary apartó a la mujer casi brutalmente.

—Ministro, voy a pedirle que le dé una orden a la mujer que tengo a mi lado. O no iré a la guerra, ni aunque me bañen en droga, ¿estamos?

—¿Qué es lo que quiere usted, Jary? —preguntó el importante personaje.

—Acostarme con ella.

Se oyó un gritito de susto. El ministro hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Lo considera necesario, Jary?

—Absolutamente.

—General, complazca a nuestro defensor —ordenó el ministro.

—Pero, señor... ¡estoy casada! —protestó ella.

—Ministro, compre unas bonitas fundas para los cuernos del marido de la general —dijo Jary sarcásticamente, a la vez que cerraba la comunicación.

Luego fue a Kella, la hizo girar en redondo y le arreó una tremenda palmada en las posaderas.

—¡A cumplir órdenes! —exclamó.

Al amanecer, Kella exhaló un prolongado suspiro.

—Jary, querido, basta, por favor...

—Tienes que saber... a qué sabe un hombre de veras —gruñó él —. Bueno, aunque a estas horas, ya te has enterado.

—Sí, querido.

Jary sonrió.

—Felicita al que destituyó al coronel Wargh —dijo, mientras la besaba tan ansiosamente como en los primeros momentos.

* * *

Las calles estaban engalanadas. Llovían flores de todas las ventanas. Jary, a pie, escoltado por la general Marsl y unos cuantos policías, caminaba por el centro de una de las más amplias avenidas, en dirección al astropuerto... En las calles, infinidad de mujeres jóvenes y hermosas aclamaban entusiásticamente al hombre que iba a defender el honor de la Tierra.

Había infinidad de pancartas, tendidas de lado a lado de la avenida, todas ellas con letreros elogiosos para Jary: LOOR A NUESTRO HÉROE; VENCERÁS, JARY; LA TIERRA ESTÁ CONTIGO; VERGÜENZA PARA SMYLION; LA TIERRA CONFIA EN TI, JARY; NUESTRO HONOR ESTÁ EN TUS MANOS; MILES DE MILLONES DE TERRESTRES DESEAMOS TU VICTORIA...

Jary agitaba las manos continuamente, correspondiendo a las aclamaciones de la muchedumbre. Numerosas mujeres rompían el cordón policial para abrazarle y besarle entusiásticamente. «¡Qué farsa, qué farsa!», pensaba el joven una y otra vez.

Finalmente, llegó al pie de la escalerilla de acceso a la astronave, junto a la cual, una compañía de hombres uniformados de negro le rendía los últimos honores. Jary se enfrentó con Kella.

—¿Has puesto lo que te pedí en mi equipaje? —preguntó él.

—Sí. —En los ojos de Kella había lágrimas—. Procura ganar la guerra.

—Eso está hecho, preciosa.

Para no delatar lo que había ocurrido entre ellos durante las semanas precedentes, Jary, que ya había hecho una despedida muy privada, se despidió ahora con un rígido saludo marcial, que Kella devolvió con no menor rigidez. Luego, él dio media vuelta y empezó a subir los peldaños de la escalera.

Aún se volvió en la escotilla y agitó la mano en señal de saludo a los espectadores y a las cámaras de televisión. Luego, giró sobre sus talones y se fue a la guerra.

* * *

La nave le desembarcó en un paraje a primera vista desierto, aunque con bastante vegetación. Jary había llevado dos bolsas consigo, una de ellas bastante pesada y, apenas puso los pies en el suelo, escondió ésta debajo de unos arbustos.

Luego se echó la otra al hombro y empezó a caminar. Pronto pudo ver el panorama desde la loma en que se hallaba. A no ser por el viaje espacial, habría dicho que se encontraba en una comarca terrestre.

Con los ojos entornados, se preguntó dónde podría estar su adversario. Era una mujer peligrosa, se dijo. Los smylianos llevaban una existencia relativamente primitiva. No carecían de comodidades y conocían todos los adelantos de la civilización, como sucedía en la Tierra. Eran buenos agricultores y muy diestros cazadores. Estaba seguro de que Fryna no haría trampa -en tal caso, el Tribunal Supremo de la Galaxia podría anular el resultado del conflicto y declarar vencido a Smylion, con las consecuencias que tal decisión podría acarrear- pero debería tener en cuenta su fortaleza física, su resistencia y, también, su habilidad para construirse en poco tiempo un arma silenciosa y eficaz: una jabalina. O tal vez un arco y unas

flechas.

Debería tener los ojos muy abiertos, se dijo, mientras examinaba el mapa del que había sido provisto y en el que figuraban con toda claridad los límites del campo de batalla. Era, aproximadamente, un rectángulo de unos ciento veinte kilómetros de lado, lo que daba casi quince mil kilómetros cuadrados. Pero no había plazo límite para el final de la guerra.

Pasó la noche a considerable distancia del punto de aterrizaje, que había marcado previamente en el mapa. Por precaución, durmió en la horquilla de un árbol, tras haber borrado sus huellas a conciencia.

Al día siguiente, apenas amaneció, empezó a trabajar.

Pensó en la otra bolsa... Su contenido se reservaba para mejores ocasiones. Aunque, previsor, había llevado consigo una caja de cigarros, una botella de coñac y fósforos. Por el momento, sin embargo, prefería no encender fuego.

Se le habían facilitado raciones solamente para dos días. A partir de entonces, tendría que arreglárselas por sí mismo. La comida no le preocupaba; sabría encontrar alimentos.

Una semana más tarde, se había fabricado un venablo, con una rama de metro y medio, larga, delgada y con una punta muy aguda. Había visto un río, con abundantes remansos, y durante dos días enteros, se dedicó a la pesca. Aunque no le gustaba mucho, tuvo que encender fuego para asar los peces. Pero ello le permitió reponer energías, después de unas cuantas jornadas a base de frutos silvestres solamente.

Luego buscó un lugar donde hubiera piedras planas. Encontró una adecuada y empezó a desbastarla con infinita paciencia. Dos semanas más tarde, tenía un magnífico cuchillo, con un filo de navaja de afeitar, con el cual cortó cierta cantidad de fibras vegetales, que puso a secar de inmediato.

Otra semana después, disponía de una cuerda para su arco. En

los siete días que siguieron, se fabricó una docena de flechas y empezó a entrenarse con un arma que le era absolutamente desconocida.

Mientras tanto, había comprobado que el clima de Bruddubnash era excelente, por lo que recortó su traje, dejando solamente lo justo para cubrir las caderas. A veces, encontraba un charco de agua quieta y lo usaba como espejo para limpiarse la cara de vello con el cuchillo de pedernal. Su piel se tostó y sus músculos adquirieron una dureza y una fuerza que no habían conocido antes, a pesar de los entrenamientos.

Dos meses más tarde, cuando menos lo esperaba, se topó con una desconocida.

CAPÍTULO IV

Era una joven alta, fuerte, de pelo muy corto intensamente negro y piel oscura, color nogal. Ella vestía una especie de traje rústico, hecho con una piel moteada, sujeto al hombro izquierdo y ceñido a las caderas. El hombro derecho, los brazos y las piernas quedaban enteramente al descubierto. En el brazo izquierdo llevaba un aro de oro y de ambas orejas pendían sendos aretes del mismo metal.

La joven llevaba una aljaba repleta de flechas, un arco terciado sobre el cuerpo y un venablo en la mano derecha.

—Hola —saludó.

—¿Cómo estás? —dijo él cortésmente—. Soy Jary, de la Tierra.

—Mi nombre es Udda. ¿Qué haces aquí?

Jary frunció el ceño.

—¿Por qué me lo preguntas? —quiso saber.

Udda irguió el busto poderoso, bien formado.

—Éste es nuestro planeta. ¿A qué has venido?

Jary soltó una maldición entre dientes.

—Me dijeron que Bruddubnash estaba deshabitado —contestó—. Lo siento de veras; no he querido molestaros...

—No nos gustan los extranjeros —dijo ella heladamente.

—Bueno, yo no puedo hacer nada, ahora. Nadie puede venir a buscarme, Udda.

—Aún no me has dicho qué haces aquí.

—Bien... la verdad... yo he venido a una guerra...

—¿Una guerra? ¿Con quién?

—Se llama... Oh, te costaría mucho comprenderlo. Tengo que pelear con un... un adversario... Pero te aseguro que no causaremos el menor daño a los nativos. Ni a ti tampoco, por supuesto.

—Si dices la verdad, respetaré tu vida.

Jary alzó la mano derecha, con gesto solemne.

—He dicho la verdad —afirmó.

—Muy bien, te creo —dijo Udda—. ¿Vas de caza?

—Hombre, si encontrase algún bicho apetitoso...

—Yo sé dónde podremos encontrar carne fresca. ¿Me acompañas?

—Con mucho gusto.

Jary se emparejó con la muchacha, que rompió la marcha con paso largo y elástico. Aquella salvaje era encantadora, se dijo, pero, por el momento, no se sentía capaz de iniciar un devaneo, a fin de no enojar a su hermosa acompañante.

Ella, observó, usaba también un cuchillo de piedra, que pendía de un cinturón hecho de fibra, con mucho más arte y de mejor calidad. De repente, Jary la vio detenerse y descolgar el arco.

Unos segundos después, Udda disparó una flecha. Casi a cien pasos de distancia, un animal, semejante a un cordero terrestre, cayó

fulminado.

—¡Buen disparo! —elogió él.

Udda sonrió y echó a correr. Jary la siguió de inmediato. Repentinamente, se oyó un terrible rugido.

Algo muy parecido, a un puma se abalanzó sobre la muchacha. Udda, sorprendida, empezó a volverse con cierto retraso. Entonces, el venablo de Jary efectuó una mortífera tarea y el felino se desplomó muerto, no sin causar un ligero rasguño en el muslo derecho de Udda, por encima de la rodilla.

—Espera, te lo curaré —dijo Jary, al ver el hilo de sangre que brotaba de la herida.

—No tiene importancia, déjalo —contestó ella.

—Al menos, permite que te dé algo para evitar la infección. Las uñas de los animales salvajes son portadoras de gérmenes muy peligrosos.

Buscó en su bolsa y extrajo una tira de papel plateado, de la que despegó una píldora de color verdoso oscuro.

—Tómala —dijo Jary. La píldora contenía un antibiótico de amplio espectro, incluyendo la vacunación antitetánica. Luego, él contempló el felino que yacía a sus pies, semejante a un puma terrestre, pero de un tamaño notablemente menor.

—Una bonita piel —comentó.

—Si te gusta, puedo preparártela —se ofreció la nativa.

—Por ahora, puedo resistir la tentación —sonrió él—. Siento otra tentación mucho mayor: la de probar la carne de ese cordero o como se llame.

—Pronto estará dispuesta. ¿Quieres buscar leña para el fuego?

—Desde luego.

Una hora más tarde, Jary atacaba con verdadero placer una pierna del animal tan parecido a un cordero terrestre. La nativa comió

también con excelente apetito. Al terminar, Jary se reclinó satisfecho a la sombra de un copudo árbol.

—¿Está muy lejos tu pueblo? —preguntó.

Udda hizo un gesto vago. Jary continuó:

—¿Sois muchos?

—Sí, bastantes.

—¿Estás casada?

—No.

—Deberías estarlo, me parece.

—No siento deseos de casarme.

—Udda, dime, ¿cómo son las relaciones entre los dos sexos en tu pueblo?

—No entiendo...

—Bueno, yo quiero decir... si hay... amistad entre personas de distinto sexo antes del matrimonio...

Ella sonrió.

—Te refieres a relaciones sexuales.

—Sí, más o menos.

—Oh, la libertad es muy amplia antes del matrimonio, pero luego se exige una fidelidad total. Sin embargo, nunca nos unimos a los extranjeros, ni siquiera como motivo de curiosidad o experimento.

La sonrisa de Jary se apagó.

—La xenofobia nunca es conveniente —dijo.

—Son las costumbres y no se las puede cambiar de la noche a la mañana —alegó Udda.

—Claro, claro... —De pronto, Jary se fijó en la herida de la pierna que había vuelto a sangrar, tal vez al abrirse por un brusco movimiento de la muchacha. Hurgó en su bolsa y sacó la botella de

coñac, parte del cual vertió en un pañuelo limpio—. Voy a limpiar esa herida y luego te pondré algo para cerrarla de un modo definitivo —añadió.

Antes de que Udda pudiera evitarlo, Jary estaba limpiando el rasguño con el pañuelo mojado en licor. Udda lanzó un pequeño grito al sentir el escozor del alcohol. Pero Jary insistió en limpiar bien no sólo la misma herida, sino los alrededores.

De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

La piel de Udda perdía su color moreno y se tornaba de un color mucho más claro, aunque no blanco del todo. Jary levantó la vista y estudió unos instantes el rostro de la nativa.

El pelo era negro, pero los ojos tenían las pupilas muy claras. Entonces, súbitamente, comprendió la verdad y se puso en pie de un salto, a la vez que empuñaba su venablo.

—¡Maldición, tú eres Fryna Romm! —exclamó.

* * *

Después de un intervalo de silencio, ella dijo:

—Por lo visto, mi disfraz no ha sido lo perfecto que pensaron quienes lo idearon —dijo.

—Es una trampa...

—Todo está permitido en la guerra, Jary. Incluso el veneno.

—Sí, claro, pero yo no uso el veneno como arma.

—¿No? ¿Qué me dices de la píldora que me has hecho tomar? ¿Y ese líquido que escuece tanto al contacto con una herida?

—Ambas cosas curan, Fryna.

—Eso lo dices tú, pero yo no estoy tan segura.

—Es cierto, lo juro. Pero ¿qué diablos pretendías coloreándote la piel?

—Me dijeron que podría engañarte mejor, si te encontraba. Así te

sorprendería desprevenido. Y ha sido cierto.

—Pero no has conseguido nada.

—No, puesto que has descubierto mi identidad.

—Bueno, cuando quieras, iniciamos la pelea...

Fryna sonrió.

—¿De veras quieres pelear?

—Son las reglas, ¿no?

—Las que dictaron ellos, pero no nosotros, Jary.

—No comprendo... —dijo él, desconcertado.

La mano de Fryna palmeó el suelo herboso.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo, persuasiva—. Has visto que sé usar el arco. ¿No crees que, de haberlo deseado, te habría matado antes de que te dieses cuenta?

Jary frunció el ceño. Lo que Fryna decía era cierto.

—¿Por qué no lo hiciste? —inquirió.

—Porque, como tú, fui enviada a una guerra a la que detesto con todas las fuerzas de mi alma y en la que me obligaron a participar, simplemente. No deseo matar a nadie, a menos que tenga que defender mi vida.

—¿Cómo sé que no estás engañándome, adormeciendo mi voluntad, para atacarme en el momento menos pensado?

—¡Vamos, hombre, no seas receloso! Coge mis armas, si desconfías de mí, pero escúchame unos momentos. Luego, si a pesar de todo no te he convencido, nos separaremos y haremos la guerra de verdad.

Jary vaciló un instante, pero acabó por soltar el venablo y se sentó sobre sus piernas.

—Adelante, Fryna.

—Me enviaron a la guerra, como a ti. Es una situación absurda, y

de momento, no me quedó otro remedio que obedecer. Tengo padres y hermanos; me amenazaron con tomar represalias en ellos si me negaba a pelear contigo.

—Bueno, pueden hacerlo, si llegan a enterarse de que no quieres la guerra.

—Smylion está muy lejos y saben que puedo tardar meses enteros antes de que envíe el aviso de que he acabado contigo. Por tanto, tenemos tiempo de sobra para preparar nuestro plan.

—Ah, tienes un plan... ¿Cuál es?

—Engañarles, Jary.

—¿Cómo?

—No lo sé, aún no he dado con la idea definitiva. Pero ansiaba buscarte para cambiar impresiones sobre mi plan. A ti, ¿qué te parece?

Jary se frotó el mentón.

—Se lo tienen bien merecido —rezongó—. Además, ¿por qué diablos estalló el conflicto?

—No lo sé, nuestro gobierno no lo ha hecho público. Sólo dice haber sido ofendido gravísimamente por el vuestro... y eso, la verdad, no me gusta en absoluto. A ti tampoco, me parece.

—Nada, desde luego. Pero ¿qué pretenden los chiflados que nos gobiernan?

—Mi gobierno quiere una indemnización. ¿Qué pediría al tuyo, si ganase la guerra?

Una sonrisa apareció en los labios de Jary.

—Tierras para colonos —respondió—. Smylion es tan grande como mi planeta y, si yo ganase la guerra, exigiría como indemnización una superficie de tierra para los colonos que enviaría, equivalente al valor de la indemnización que os tendría que abonar, si perdiésemos.

—¡Caramba, eso representaría un cuarto de Smylion! —se asombró Fryna.

—Más o menos —admitió él.

—Eso no me gusta en absoluto. Jary, ¿no se te ocurre ninguna idea?

—No, lo siento.

Fryna se puso de pronto en pie.

—Tengo que quitarme el tinte que cubre mi piel —dijo.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Jary.

—Primero, me bañaré. Luego te daré una pequeña esponja, impregnada de cierto disolvente... para que me limpies donde yo no pueda alcanzar.

Jary la miró críticamente.

—¿He de estar presente en tu baño?

—¿Te disgustaría?

—¡Qué cosas tienes! —El joven se levantó de un salto—. ¡Vamos, rápido!

Fryna recogió sus cosas. En aquel instante, se oyó un lejano trompeteo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jary.

—Tal vez un paquidermo nativo. He visto algunos de lejos y son como hipopótamos, más esbeltos y con trompa prensil, muy rápidos y ágiles. Pero no creo que sean agresivos.

Inmediatamente, rompieron la marcha. Jary se sentía extrañamente contento. Si Fryna era sincera, y no había motivos para dudar de sus palabras, el conflicto podía darse por terminado, al menos privadamente. Pero le preocupaba encontrar una idea viable que pudiera engañar a ambos gobiernos.

Momentos después, llegaron a la orilla de un río de unos seis u

ocho metros de anchura. Fryna buscó un lugar donde la corriente no tuviese demasiada fuerza y, sin vacilar, se quitó la piel y se lanzó al agua.

A Jary se le secó la boca en el acto. Quizá no tenía un rostro clásicamente bello, pero era terriblemente atractiva, fuerte y sana además. «Toda una mujer», pensó, mientras la veía nadar con firmes brazadas.

Más tarde, la ayudó a limpiar ciertas zonas de la espalda a las que ella no llegaba con sus manos. Al terminar, echó a correr y se zambulló en el río. Necesitaba refrescarse. Fryna era una muchacha honesta y no debía intentar nada que pudiera enojarla. Tal vez, más adelante.

Un cuarto de hora después, salió del agua. Ella se había vestido ya.

—¿Y ahora? —preguntó Jary.

De repente, se oyó un cercano trompeteo, seguido del ruido de numerosas patas que hacían retemblar el suelo.

—¡Paquidermos! —gritó Fryna—. Tal vez es una estampida.

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —dijo el joven, alarmado por el fragor que se oía cada vez más próximo.

En aquel lugar, no había árboles, al menos de la resistencia suficiente para permitirles escapar a la estampida de los paquidermos. Agarraron sus cosas y echaron a correr, justo en el momento en que los proboscidios irrumpían en el claro, a menos de cien pasos de distancia.

CAPÍTULO V

Jary volvió la cabeza un instante y creyó que soñaba.

En aquella fracción de segundo, pudo apreciar perfectamente la

imagen de los paquidermos. Como había dicho Fryna, tenían la alzada de un rinoceronte, pero resultaban mucho más esbeltos y ágiles. La cabeza, aunque de las dimensiones adecuadas, era enteramente de elefante terrestre, incluso con colmillos afilados como puñales.

Pero lo más extraño de todo era que aquellas bestias servían de cabalgaduras a las personas.

Cada uno de los cuadrúpedos llevaba sobre los lomos a un ser humano, mezclados hombres y mujeres en proporción equitativa. Los jinetes vestían una especie de mono de piel, delgada y muy suave, de mangas cortas y sin perneras, con cinturones de los que pendían unos cuchillos de dimensiones descomunales. Con la mano izquierda, sujetaban unas riendas, unidas a los colmillos, por medio de los cuales guiaban a sus monturas. En la derecha, llevaban un largo tubo metálico, de unos tres centímetros de grueso, largo de metro y medio y rematando en un cilindro de unos treinta centímetros de longitud por diez de diámetro.

Todo lo apreció Jary en un tiempo brevísimo. Giró la cabeza de nuevo y echó a correr, maldiciendo en su fuero interno a los que le habían enviado a una guerra absurda y disparatada, a un planeta que se suponía completamente deshabitado, al menos, de seres inteligentes.

«Y ahora resulta que hay salvajes... y como nos atrapen, acabaremos en una caldera», pensó, lleno de amargura y de rabia contra su gobierno y el de Smylion.

Fryna corría por delante de él, moviendo las piernas con velocidad increíble. Pero, aun así, eran menos rápidos que los paquidermos.

¿Cómo debían llamar a aquellos animales? ¿«Hipo-elefantes»? ¿«Elepótamos»? El nombre era lo de menos, se dijo, desalentado, dándose cuenta de que, pese a su rapidez, perdía terreno a ojos vistas.

De pronto, oyó un tenue silbido.

Algo cayó sobre su hombro. Volvió la cabeza. Era un hilo de medio centímetro de grosor, muy brillante, viscoso, y su contacto e hizo sentir un asco infinito.

Otro hilo alcanzó su pierna derecha y le hizo trastabillar. Pudo romper el primero, pero el segundo le había hecho perder velocidad.

Más hilos cayeron sobre él, enroscándose en sus brazos, en sus piernas, en el tórax... Al volver la cabeza, pudo apreciar que aquellos extraños cordeles brotaban de la boca de los tubos que empuñaban sus perseguidores. Aparentemente débiles, se solidificaban, sin embargo, a los pocos instantes, y se tornaban tan resistentes como si fuesen hechos del mejor cáñamo.

En pocos segundos, quedó completamente inmovilizado. A los pocos pasos de distancia, Fryna luchaba con sus ligaduras, empleando todas sus fuerzas, que no eran pocas. Consiguió romper algunos hilos, pero acabó prisionera también.

A Jary le pareció que habían sido atrapados por unas arañas gigantes. Imposibilitado de moverse, cayó al suelo.

Algunos de los jinetes descabalgaron. Ya no brotaba de sus tubos aquella sustancia que se solidificaba al contacto con el aire, como los hilos con los que las arañas tejen sus telas. Tanto los hombres como las mujeres eran jóvenes, corpulentos, de gran reciedumbre física. El pelo, por lo general, era oscuro, con distintas tonalidades que iban del negro al castaño. La piel era atezada, color bronce.

Los cuchillos, apreció, eran de jade o una sustancia similar, salvajemente bellos, pero terriblemente amenazadores, con filos que parecían capaces de cortar un cabello en el aire. Jary volvió la cabeza una vez y divisó a Fryna caída a poca distancia, el cuerpo rodeado por dos docenas de cuerdas, ahora ya opacas, que la reducían a una total inmovilidad.

Jary se preguntó qué iba a ser de ellos. De pronto, uno de sus captores se volvió y, poniéndose ambas manos en la boca, emitió un grito, de volumen sonoro aparentemente bajo, pero agudísimo, muy penetrante. Los demás, tanto los hombres como las mujeres, les

contemplaban con no disimulada curiosidad.

A los pocos minutos, se oyó un singular estruendo. Segundos más tarde, apareció un carro, tirado por cuatro paquidermos, enganchados como los caballos de una cuadriga romana. El carro, sin embargo, tenía una forma muy distinta. Era una plataforma, con bordes en los costados y en la parte delantera, y con doce pequeñas ruedas en cada lado, cada una con suspensión independiente. Aquel sistema, pensó Jary, le permitiría circular por los terrenos más difíciles, evitando al mismo tiempo la mayor parte de un traqueteo causado por el movimiento en un suelo sin pavimentar.

Un nativo conducía el carro con pulso firme. Apenas se hubo detenido el vehículo en aquel lugar, varios de los indígenas alzaron a pulso los cuerpos de los prisioneros, recogieron sus objetos personales y los arrojaron en la plataforma del carro, cuyo conductor arreó inmediatamente a los animales de tiro.

El carro viró en redondo y se lanzó a una desenfrenada carrera.

* * *

Tendidos en la plataforma, Jary y Fryna se miraron recíprocamente.

—¿Qué sabes tú de Bruddubnash? —preguntó él.

—Muy poca cosa. Sin embargo, ignoraba que estuviese habitado.

—Por salvajes.

—Quizá ellos piensen que no lo son.

—Bueno, sus modales no son precisamente un dechado de cortesía.

—Si son nativos son dueños de su planeta. Y, recuerda, estamos aquí sin permiso.

—¿Cómo? —protestó él—. A mí me envió mi gobierno, lo mismo que a ti el tuyo.

—Sí, pero ¿han contado con el gobierno de Bruddubnash?

—Suponiendo que exista...

—Debe de haber alguna forma de gobierno. Todos los seres humanos, cualquiera que sea el estadio de civilización en que se encuentren, tienen algo parecido a un gobierno: jefe de tribu, consejo de notables o de ancianos, gobierno matriarcal... Pero hay una autoridad y, por estrambótica que nos parezca, las leyes de la Galaxia apoyan sus decisiones, respecto a los extranjeros que invaden su mundo sin la debida autorización.

—Usas unos argumentos difícilmente rebatibles —contestó Jary con expresión pensativa—. Pero eso, de todas formas, no ya a resolver nuestra situación.

—¿Qué harán con nosotros? —murmuró Fryna.

—Espero que la caldera, al menos, sea grande. No me gustaría estar sentado en su interior, con las rodillas pegadas al pecho. Si me van a cocer, al menos que me dejen estar cómodo.

—Oh, Jary, no seas tan pesimista. ¿Acaso piensas que son antropófagos?

—No me extrañaría en absoluto...

—Tienes una mentalidad completamente terrestre, racista, incluso. Para los terrestres, todo extranjero es un bárbaro, un ser capaz de comerse a un semejante...

—A mí no me gusta lo que está sucediendo. ¿Por qué no han hablado? ¿Por qué no nos han dicho una sola palabra acerca de los motivos por los cuales nos han capturado?

—Al menos, espera que lleguemos a su poblado.

—Vivirán en cavernas, excavadas en la ladera de una montaña —rezongó Jary.

—Tú los consideras salvajes, pero ¿te das cuenta del adelanto que supone haber construido unos tubos capaces de lanzar un líquido que se solidifique al contacto con el aire y se convierte en una cuerda prácticamente irrompible? ¿Qué me dices del carro con esta

suspensión tan mullida? ¿Y la doma de los proboscidios?

Jary calló. Fryna tenía razón. No, aquellos seres no eran tan salvajes como aparentaban. Salvo los cuchillos de jade, y tendrían su utilidad práctica, sobre todo si se pensaba en los felinos, no había otras armas ofensivas. Simplemente, les habían capturado, aunque, eso sí, sin darles explicaciones sobre los motivos de su actitud.

El carro se movía a una velocidad inusitada. Jary pensó que no iban a menos de cincuenta kilómetros por hora, lo mismo que los paquidermos que servían de montura. Las bestias mantenían la misma velocidad, incansablemente, sin aflojar el ritmo, dotadas de una resistencia física que le causó asombro y estupefacción a un tiempo.

Transcurrieron dos horas. De pronto, los animales parecieron disminuir la velocidad.

A los pocos momentos, Jary vio que se adentraban en un poblado, cuya sola visión, aun en la postura en que se hallaba, aumentó más si cabía el asombro que sentía. Un minuto después, el carro se detuvo. Una docena de robustos brazos, pertenecientes a nativos de ambos sexos, los alzaron en vilo y los condujeron al interior de una casa.

El edificio disponía de varias habitaciones, una de las cuales tenía en el suelo una especie de bañera, de cuatro metros de largo, por tres de anchura, alimentada por un hilillo de agua que brotaba de una fuente situada en uno de sus lados. En el opuesto, se veía el desagüe, de modo que había una corriente de líquido que circulaba incesantemente.

Entonces, uno de sus captores les dirigió la palabra por primera vez:

—Os dejaremos en la piscina. El agua disolverá vuestras ligaduras en un cuarto de hora, aproximadamente. Si tenéis sed, esperad otro cuarto de hora. Deberéis permanecer aquí hasta que se os llame. Estaréis vigilados constantemente. Por vuestro propio bien, no intentéis la fuga.

—Está bien, pero ¿qué es lo que pretenden hacer con nosotr...?

Jary tuvo que cerrar la boca, porque ya volaba hacia la piscina.

* * *

A medida que se disolvían las ligaduras, disminuía su flotabilidad. Cuando empezaban a hundirse, quedaron libres y pudieron salir fuera de la pileta.

A poca distancia, vieron una especie de toallas de grandes dimensiones; Jary se secó la cara un poco y luego se acercó a la ventana que había en la estancia, protegida por unos recios barrotes de madera que le pareció muy dura.

Fuera, con el bastón lanzasogas apoyado en el suelo, había dos centinelas, hombre y mujer respectivamente. Atónito, Jary pudo contemplar el poblado, compuesto por casas de ladrillo, de una arquitectura un tanto primitiva, pero muy funcional y de gran atractivo artístico. Los tejados eran a dos aguas, de losas del mismo material, de colores diversos, lo que daba una gran belleza al conjunto.

Aquellas construcciones evidenciaban una civilización notablemente adelantada en muchos aspectos. Jary pudo apreciar el buen aspecto físico de los nativos, incluso en las personas de edad. Todos vestían aproximadamente de la misma manera, aunque el color y pelaje de las pieles tenían una gran profusión de variedades.

Salvo los centinelas, no se veía a nadie más con armas. Había muchos chiquillos y correteaban alegremente por el centro de la ancha calle, que parecía la avenida principal. El orden y la limpieza parecían inmejorables.

De cuando en cuando, se veían pasar carros, como el que les había transportado a ellos, cargados con diversos bultos, que supuso contenían alimentos y provisiones, obtenidos de alguna forma que no podía imaginar por el momento. Ciertamente, Fryna tenía razón. No, no eran salvajes.

Ella se le acercó, secándose el pelo con la toalla.

—Parecen muy civilizados —dijo.

—Con tal de que no les guste la carne humana...

—Oh, vamos, no seas tan pesimista —le apostrofó ella—. Simplemente, no les gusta nuestra presencia aquí, eso es todo.

—¿Y van a tenernos encarcelados toda la vida, si no nos matan?

De pronto, sonó una voz en la estancia contigua:

—¡Venid!

Jary y Fryna obedecieron en el acto. Atónitos, divisaron una mesa, muy bien provista de comida. Había carne guisada, verduras cocidas y frutas en abundancia, así como una especie de tortas redondas, que parecían hechas con harina amasada primero y cocida después.

—El salvajismo se aleja cuando el ser humano aprende a cultivar el trigo —dijo Fryna sentenciosamente.

Había una mujer joven junto a la mesa.

—Podéis comer sin miedo —indicó, señalando los manjares—. Más tarde, seréis conducidos a presencia de nuestro jefe Attrauk.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Jary, impetuosamente.

—Attrauk decidirá —fue la seca respuesta que le dio la nativa.

Instantes después, quedaban solos nuevamente. Sonriendo, Fryna se acercó a la mesa y vertió en un vaso de barro cocido parte del contenido de un jarro hecho del mismo material.

—Jary, llena el estómago —dijo—. *Primum vivere, deinde philosophari*, como dicen en vuestro planeta. «Primero vivir, luego la filosofía» —tradujo.

Jary la miró con ojos de pasmo.

—Se diría que has estado en la Tierra —exclamó.

—Hace tres años y para realizar un curso intensivo sobre

civilizaciones y arte terrestres de los siglos I al V —contestó ella, sorprendentemente.

—Y, ¿qué te pareció nuestro planeta?

Fryna agarró una monumental chuleta, que despedía un olor exquisito.

—Verdaderamente, merecéis perder la guerra —contestó sibilinamente.

CAPÍTULO VI

La habitación a la que habían sido conducidos era amplia, pero sin ostentosidad. Attrauk, el jefe, era un hombre de gran corpulencia y extrañamente apuesto, a pesar de que rondaba ya el medio siglo, por lo menos en apariencia. Salvo una banda de metal dorado que ceñía sus sienes, no llevaba otras insignias definitorias de su rango.

Attrauk estaba sentado detrás de una amplia mesa, sobre la que se divisaban numerosos rollos, sujetos con cintas hechas de fibra. A la izquierda, tenía una caja oblonga, de unos cuarenta centímetros de largo por treinta de anchura y diez de grueso, de la que salía una varilla vertical, de medio metro de altura, rematada en una diminuta bola, con numerosas espinas, como alfileres.

—Nos ha costado mucho dar con vosotros, pero al fin lo hemos conseguido —dijo, después de examinar críticamente a los prisioneros —. Así que vosotros sois los protagonistas de la guerra entre Smylion y Korthok.

—A la fuerza, señor —contestó Jary—. Nos eligieron y no tuvimos otro remedio que aceptar.

—En mi caso, si lo hubiera rechazado, mi familia habría sido objeto de agraves represalias —declaró Fryna.

—¿Y tú? —preguntó Attrauk, dirigiéndose al terrestre.

—Me amenazaron con modificar mi mente —respondió Jary.

Attrauk se acarició pensativamente el mentón, mientras miraba de forma sucesiva a sus prisioneros. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Estamos cansados de que los planetas mayores, no en el tamaño, sino en potencia industrial y económica, hayan tomado a Godrob como campo de sus batallas. Por si no lo sabéis os diré que Godrob es el nombre que nosotros damos a nuestro planeta y el que nos han aplicado no nos satisface en modo alguno. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, hemos decidido acabar de una vez por todas con estos abusos de poder. Godrob no es, no puede ser, campo donde las grandes potencias planetarias resuelvan sus querellas.

Jary sintió una especie de vacío en el estómago. ¿Quién podría criticar a Attrauk cualquier decisión que tomase contra ellos?

—Sin embargo, existe un grupo que piensa de forma distinta a los que componemos esta población —continuó el jefe—. Ellos quieren que Godrob siga siendo campo de batalla, pero haciéndose pagar por el derecho de permitir la lucha entre dos planetas.

—Eso no estaría mal —dijo Jary—. A fin de cuentas, es preciso pagar daños y perjuicios...

De pronto, reparó en un detalle.

—¿Es que ha habido antes más guerras en Godrob? —exclamó.

—La vuestra es la número cincuenta y siete y ello en el plazo de veintidós años —respondió Attrauk—. Hace no más de seis meses, uno de los contendientes, para derrotar al adversario, provocó un incendio forestal que devastó una extensión de unos cuatro mil kilómetros cuadrados. Otro envenenó las aguas de un río, que desemboca en un enorme lago, con una inmensa riqueza piscícola, con el resultado de que ahora el lago no es más que una charca muerta, que tiene ciento diez mil kilómetros cuadrados de extensión. Ciertamente, a vosotros no se os puede acusar, hasta ahora, de graves daños, pero ¿quién nos garantiza que si dejamos que sigáis con vuestro conflicto no acabéis devastando una extensa comarca?

—Bueno, si te hemos de ser sinceros, Fryna y yo habíamos pactado un armisticio. Estábamos pensando en...

—No me importan vuestros problemas —cortó Attrauk fríamente —. Me interesa mucho más la tranquilidad y la paz de mi pueblo, incluyendo a los del grupo «pro guerra». Hasta ahora, hemos vivido tranquilos y felices. Si aceptamos convertirnos en campo de batalla, por muy alto que sea el precio que cobremos a los planetas en conflicto, acabaremos inevitablemente siendo colonizados y puede que esclavizados. Y eso es lo que no queremos que suceda.

—Nosotros no podemos evitarlo...

—Sí podéis. Nosotros también hemos pensado en la guerra como solución a este conflicto, a pesar de nuestras aspiraciones pacíficas. Por tanto, vais a representarnos en la lucha que sostenemos contra los «pro guerra».

Fryna se escandalizó al oír aquellas palabras.

—Jefe Attrauk, tú no puedes...

—Tengo poder, si es necesario, para ordenar que te decapiten aquí y ahora mismo —dijo el nativo fríamente—. El jefe de nuestros rivales, Hewod, capturó hace poco a otra pareja de extranjeros, que también luchaban entre sí por sus respectivos planetas. Hewod y yo acordamos que cuando consiguiésemos una captura semejante, nuestras respectivas parejas lucharían por nosotros y que el perdedor aceptaría la decisión del vencedor. Si gano yo, Godrob no será jamás campo de batalla.

—¿Y si pierdes?

—Hewod será el jefe.

Hubo un instante de silencio. Luego, Jary dijo:

—Supongo que no tenemos ninguna otra alternativa, jefe.

—La muerte —contestó Attrauk, impasible.

—Aceptamos —dijo Fryna, vivamente.

Attrauk hizo un gesto con la mano. Los dos nativos que habían

escoltado a la pareja desde su prisión, avanzaron unos pasos.

—Llevadlos a su alojamiento. Que no les falte de nada, pero que no escapen bajo ningún concepto. —Miró a los prisioneros—. Pronto recibiréis las instrucciones pertinentes, junto con un mapa del territorio en que debe realizarse el combate. Sin embargo, os haré una advertencia previa. Los defensores de Hewod tienen una propiedad muy peculiar. Una vez al día, pueden volverse invisibles durante un par de horas, como máximo. Son terriblemente feroces y, si os atrapan, no tendrán piedad de vosotros. Eso es todo por ahora.

* * *

—¿Qué piensas tú de todo esto? —preguntó Fryna, por la noche, mientras cenaban.

La casa estaba iluminada por varias lámparas de aceite especial, que ardía sin dejar humo ni mal olor. En la aldea reinaba un silencio completo.

Jary tenía a su derecha el mapa que le había sido enviado por Attrauk. El territorio de batalla era mucho más reducido y muy boscoso.

—Pienso —contestó al cabo—, que en el fondo, no se trata sino de una lucha entre dos clanes de fuerzas muy igualadas y ninguno de los cuales se atreve a ser el primero en romper las hostilidades, temeroso de resultar derrotado. Una lucha por el poder, simplemente.

—Y nosotros somos los peones de ese juego...

—Un juego en el que ambos bandos, pierdan o ganen, resultarán beneficiados. Por lo que hemos visto, en Godrob viven felices con su relativa pobreza, una existencia primitiva, amable, sin lujos, pero sin que les falte tampoco nada esencial. Si ganan los de Hewod, podrán exigir un alto precio en maquinaria, herramientas, vehículos... También ganarán, ¿comprendes?

—En resumen, los únicos que vamos a perder seremos nosotros.

—A menos que derrotemos a nuestros adversarios.

—Que son capaces de volverse invisibles a voluntad. Lo cual, como puedes comprender, dificulta nuestra tarea.

Jary se acarició la mandíbula.

—Se me ha ocurrido una idea... Attrauk no nos ha dicho todavía si podemos usar armas y quiero hablar con él sobre este asunto. Mañana solicitaré una entrevista.

—Salvo los puñales y los tubos lanzasogas, no tienen otras armas, al menos que nosotros hayamos podido ver. ¿Qué es lo que te propones?

Jary se lo explicó. Al día siguiente, cuando se lo propuso a Attrauk, el jefe pareció meditar en la proposición, muy interesado en una solución que no se le había ocurrido hasta entonces.

—Tendríamos que hacer algunas pruebas —dijo Attrauk.

—¿Qué armas usarán ellos? —inquirió Jary.

—No lo sé. Pero ¿no te parece que su invisibilidad es un arma muy poderosa?

—Si nos consigues lo que te hemos pedido, tal vez podamos derrotarlos. Además, en caso de que ganemos, deberás recompensarnos.

—¿Cómo? ¿Tienes el descaro de pedirme...?

Jary sonrió suavemente.

—Ahora no; cuando hayamos derrotado a tu adversario —contestó—. Entonces, pediré una recompensa, tan moderada que no podrás negármela.

—¿Cuál será esa recompensa? —preguntó Fryna, más tarde, en la soledad de su alojamiento.

—No pienso decir nada, hasta que todo haya terminado —repuso Jary con firme acento.

Al atardecer, un emisario de Attrauk vino a decirles que las pruebas de la nueva arma se habían iniciado ya. El nativo aseguró

que el arma estaría suficientemente probada antes de una semana.

—He examinado el mapa donde va a tener lugar la batalla —dijo Jary—. A juzgar por las indicaciones, está a unos trescientos kilómetros de distancia...

—Llegaréis allí sin dificultades —contestó el hombre.

—Si piensan llevarnos en carro, y a juzgar por la velocidad y la resistencia de los paquidermos, llegaremos en un par de días; quizá al término de la primera jornada —calculó Jary poco después.

—¿Por qué no le pedimos dos monturas, con lo que podríamos movernos con mucha mayor rapidez? —sugirió Fryna.

Jary hizo un testo negativo.

—Contra unos seres que pueden volverse invisibles, lo mejor es procurar pasar inadvertido. ¿Has oído hablar del sigilo con que se mueven las serpientes?

—Sí.

—Así tendremos que movernos nosotros por el campo de batalla —dijo Jary firmemente.

* * *

Una semana más tarde, Jary y Fryna, debidamente equipados, fueron conducidos a una vasta explanada, en la que vieron algo que les dejó estupefactos, sobre todo al terrestre.

Varios nativos le sujetaron un bulto a la espalda, mediante unos arneses que le ceñían hombros, axilas y muslos. Attrauk le explicó la utilidad de aquella mochila. Fryna, por su parte, se sentía amedrentada.

—Yo, nunca...

—Yo tampoco —dijo Jary—, pero alguna vez tiene que ser la primera. .

Se volvió hacia Attrauk.

—Jefe, ¿por qué no usáis este chisme para viajar? —preguntó.

—Sólo lo hacemos cuando es preciso intercambiar algo con Hewod —contestó Attrauk—. Ellos disponen de aparatos similares, aunque, para las comunicaciones verbales, disponemos de transmisores de radio.

Jary asintió. Había visto uno en el despacho de Attrauk. Era un mundo desconcertante, incongruente en ocasiones. Pero, en cierto modo, y aunque corría el riesgo de dejarse el pellejo en aquel planeta, lo prefería a la vida rígidamente metódica de la Tierra. Allí no le controlarían desde el instante mismo de la concepción hasta la muerte, pensó.

Al terminar, Jary y Fryna fueron encerrados en una enorme cápsula de madera, ligera, pero muy resistente, situada en la base de la colosal rampa en ángulo de 45°, sustentada por enormes viguetas, hechas de troncos de árbol. La cápsula tenía forma de cohete, con aletas estabilizadoras.

Un nativo cerró la tapa y sobrevino la oscuridad. Jary se agarró a la barra transversal que tenía, sobre su cabeza, ya que estaba tumbado de bruces sobre el suelo del artefacto.

—¡Prepárate! —dijo.

En la base de la cápsula, se produjo un enorme rugido. Aquel extraño aceite, inflamado en un lugar cerrado producía un calor enorme, junto con potentes llamaradas. El gas originado por la combustión, hizo partir la cápsula a los pocos segundos.

Jary tenía los pies apoyados en un estribo especial. Unos instantes, después, calculó que viajaban a varios cientos de kilómetros a la hora. Attrauk le había asegurado que la cantidad exacta de combustible había sido exactamente dosificada. Caerían a unos cinco kilómetros en el interior del nuevo campo de batalla.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, la cápsula empezó a perder velocidad. Treinta segundos más tarde, las maderas se deshicieron y los dos pasajeros del insólito cohete se vieron precipitados en el vacío.

Fryna chilló, pero casi en el mismo momento, el paracaídas que llevaba sujeto a la espalda se abrió automáticamente.

Jary miró hacia abajo, mientras descendían hacia el terreno densamente poblado de bosque. Habría fieras salvajes y peligros indescriptibles, pero lo peor de todo eran los adversarios invisibles.

Y aquellos dos seres, cuya forma no era capaz siquiera de adivinar, no tendrían compasión de ellos si los descubrían.

CAPÍTULO VII

Fryna chillaba y perneaba, colgada de las ramas de un árbol, a varios metros del suelo. Jary se acercó y la contempló riendo, con las manos en las caderas.

—Ayúdame —se sulfuró ella—. Mis cuerdas se enredaron en el ramaje.

—¿Para qué tienes el cuchillo de jade?

—Si corto las cuerdas, puedo romperme una pierna en la caída...

—Hazte cuenta de que yo no estoy aquí; que tienes que luchar sola. ¿Cómo lo harías entonces?

—Estás tú y eso es lo que importa. Vamos, ayúdame —dijo ella desabridamente.

Jary trepó al árbol y tiró de los atalajes, hasta conseguir que Fryna alcanzase la rama con ambas manos. Luego descendieron al suelo y se ajustaron los equipos.

—Un consejo, Fryna —dijo él.

—¿Sí, Jary?

—A partir de ahora, silencio. ¿Qué tal tu olfato?

Ella respingó:

—Normal. ¿Por qué dices eso?

—Hablé con el jefe de los vigilantes. Me contó cosas muy curiosas de los invisibles.

—¿Qué te dijo?

—Esa invisibilidad no se logra sin un tremendo esfuerzo mental. Pero, incluso a ti misma te habrá pasado, cuando te concentras en pensar en alguna cosa o, simplemente, cuando estás excitada por algo desagradable. Por ejemplo, te dan una mala noticia o te insultan... Tu mente entra en una actividad superior a lo normal, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Y...?

—Entonces, sudas ligeramente. Los invisibles sudan también pero mucho más, incluso pierden hasta un par de litros de agua por el esfuerzo que deben hacer. Claro que luego tienen veinticuatro horas para reponer esa pérdida... pero su sudor, apesta.

—Oh, comprendo —dijo Fryna.

—Y son muy robustos y pesan al menos cien o ciento veinte kilos.

—¿Qué significa eso?

De pronto, Jary vio algo y se arrodilló en el suelo. Habían tomado tierra en un lugar relativamente despejado, incluso con calvas en la hierba. Delante de él, se veía nítidamente impresa la huella de un pie humano.

—Los invisibles no llevan ni siquiera calzado, para evitar ser delatados por sus ropas —dijo.

Fryna contuvo el aliento. Jary se inclinó, pegó la nariz al suelo y aspiró fuerte unas cuantas veces. Luego se incorporó.

—Hace ya mucho rato que han pasado —dijo—. Apenas quedan rastros de olor.

—Debemos buscarlos, ¿no?

Jary levantó la vista, para calcular la hora, por la situación del sol de Godrob.

—Seguiremos su rastro durante dos horas más. Lleva el lanzasogas preparado en todo momento. Yo marcharé delante.

—De acuerdo.

Los invisibles, ciertamente, eran muy pesados y no se preocupaban de los rastros que dejaban. Jary se felicitaba de haber leído tantos libros de aventuras, que le habían hecho saber muchas cosas sobre hombres primitivos. Encontró ramas tronchadas y hierba aplastada en muchos sitios. Pero el bosque era terriblemente espeso y, a veces, perdía el rastro de sus adversarios.

Hora y media más tarde, repentinamente, desaparecieron todas las huellas de los invisibles. En aquel lugar los árboles crecían terriblemente juntos y abundaba toda clase de plantas trepadoras. El techo vegetal era tan tupido que apenas si se podía ver el cielo.

Jary se detuvo unos segundos. De pronto, dio un pequeño salto y agarró una rama que pendía verticalmente. Tiró con fuerza y examinó el punto de rotura. Luego volvió a levantar la vista.

—Ahora caminan trepando por los árboles —murmuró.

Fryna se estremeció. En el bosque reinaba un silencio sobrecogedor.

De pronto, sintió miedo y se acercó al joven.

—Jary...

Él aspiró el aire con fuerza.

—No están aquí —dijo—. Sin embargo, convendría que buscásemos un sitio seguro para acampar.

Fryna asintió calladamente. Un cuarto de hora más tarde, salieron del bosque. Al otro lado, había una zona muy accidentada, con abundancia de rocas. Un arroyo corría al pie de un talud de quince o veinte metros de profundidad. A la derecha se veía un amontonamiento de rocas, redondeadas por la erosión, con un vago aspecto de pirámide.

—Ahí —señaló el joven.

En la cúspide había una especie de hueco, cubierto de tierra, con algunos hierbajos. Jary descendió al arroyo, con las debidas precauciones, llenó una cantimplora de agua y volvió al refugio. Luego preparó uno de los tubos lanzasogas.

—Son invisibles, pero no vuelan. Éste es el sitio más accesible y, si quieren sorprendernos, se llevarán una sorpresa. Duerme tranquila y no te preocupes de más.

La cuerda que había preparado accionaría el mecanismo de disparo apenas fuese rozada por un miembro cualquiera del cuerpo humano. Ello les permitió pasar una noche con absoluta calma, lo que les hizo sentirse frescos y descansados a la mañana siguiente.

Después de despertar, bajaron al arroyo.

—Nos bañaremos por turno —dijo él—. Aguza el olfato cuando te toque el turno de vigilancia.

Una hora después, reanudaron la marcha. Jary volvió al bosque, para tratar de encontrar huellas de los invisibles. Pero en la semana que siguió no volvió a ver el menor rastro de sus adversarios.

* * *

El límite meridional del campo de batalla estaba señalado por una larga faja de terreno arenoso, en la que no se percibía la menor señal de otros seres humanos. Era un trozo muy extenso, completamente liso, lo que resultaba inconveniente, ya que podían ser vistos desde gran distancia. Aunque no le gustaba en absoluto, decidió volver al bosque.

De los invisibles no tenían la menor noticia, hasta aquel momento. Empezaban a sentirse cansados. Jary pensaba en la posibilidad de enviar todo al diablo y dedicarse a madurar el plan ideado para evitar la guerra entre su planeta y el de Fryna. Pero, por otra parte, sabía que no podría sentirse tranquilo mientras no hubiese solucionado el principal problema: su lucha contra los invisibles. Profundamente concentrado en sus pensamientos, continuó la marcha. Fryna le seguía a seis u ocho pasos de distancia.

Jary percibió un olor a sudor un poco tarde y se maldijo por su distracción. Entonces oyó un grito ahogado y se volvió.

Fryna tenía algo alrededor del cuello y se debatía frenéticamente. Una cuerda descendía del árbol bajo el que se hallaba y desaparecía en el ramaje. De pronto, Fryna empezó a elevarse en las alturas, perneando desesperadamente.

Jary corrió hacia ella y levantó su lanzasogas. El aparato modificado, envió a las alturas un potente chorro de líquido solidificable, en forma cónica. A cinco metros de distancia, el diámetro de aquel cono era de unos dos metros.

Arriba, entre las ramas se oyó un gruñido. La cuerda se aflojó y Fryna, medio ahogada, rodó por tierra.

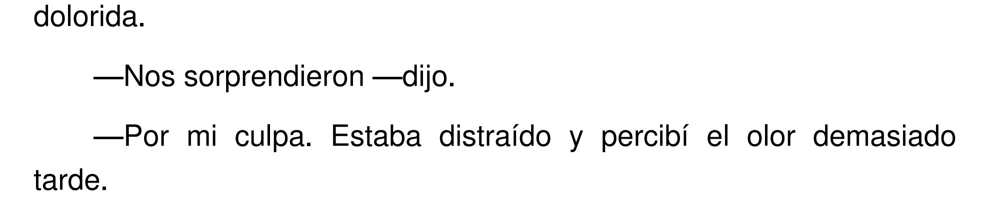
En el mismo instante, Jary percibió un repulsivo olor a sus espaldas. Saltó primero a un lado, esquivando así el lazo que buscaba su garganta y que parecía moverse solo. Luego disparó otro chorro de líquido.

La silueta del invisible se percibió instantáneamente El hombre se agitó con terribles convulsiones, tratando de deshacerse de aquella sustancia pegajosa que le cubría de los pies a la cabeza. Jary le arrojó otro chorro y el atacante, que ahora pretendía huir, rodó por tierra. De pronto, se oyó un golpe sordo. El otro invisible acababa de caer desde el árbol y se debatía con terrible desesperación en el suelo. Jary sólo podía verle la cabeza y los hombros, cubiertos por aquella sustancia tan adhesiva. Entonces, de súbito, comprendió lo que le sucedía y saltó hacia él.

El líquido le había cubierto la cara por completo, impidiéndole respirar. Jary sacó su cuchillo y rasgó aquella capa sólida, pero blanda, aún no solidificada por completo. Luego dio media vuelta y realizó la misma operación con el otro invisible.

Para evitar que se escaparan, lanzó más líquido a las piernas. Luego corrió hacia Fryna.

Sentada en el suelo, Fryna se frotaba la garganta, todavía



dolorida.

—Nos sorprendieron —dijo.

—Por mi culpa. Estaba distraído y percibí el olor demasiado tarde.

—No te lo reproches. Hemos salido adelante y eso es lo que importa.

Jary sonrió.

—¿Qué te parece si tenemos un ratito de conversación con estos buenos mozos?

—De acuerdo.

Fryna hizo un esfuerzo y, ayudada por el joven, se puso en pie.

Los invisibles, al darse cuenta de que no podían escapar, habían recobrado su forma habitual. Jary vio que eran también un hombre y una mujer, no demasiado atractivos, pero consideró que cada raza tenía sus propios cánones de belleza. La mujer era muy robusta, de casi dos metros de altura y capaz de romperle el espinazo sólo con las manos.

—Soy Jary —dijo—. Ella es Fryna. ¿Cuáles son vuestros nombres?

—Akko y Virla —contestó el hombre—. ¿Cómo pensáis matarnos? —preguntó.

Jary cambió una mirada con la muchacha.

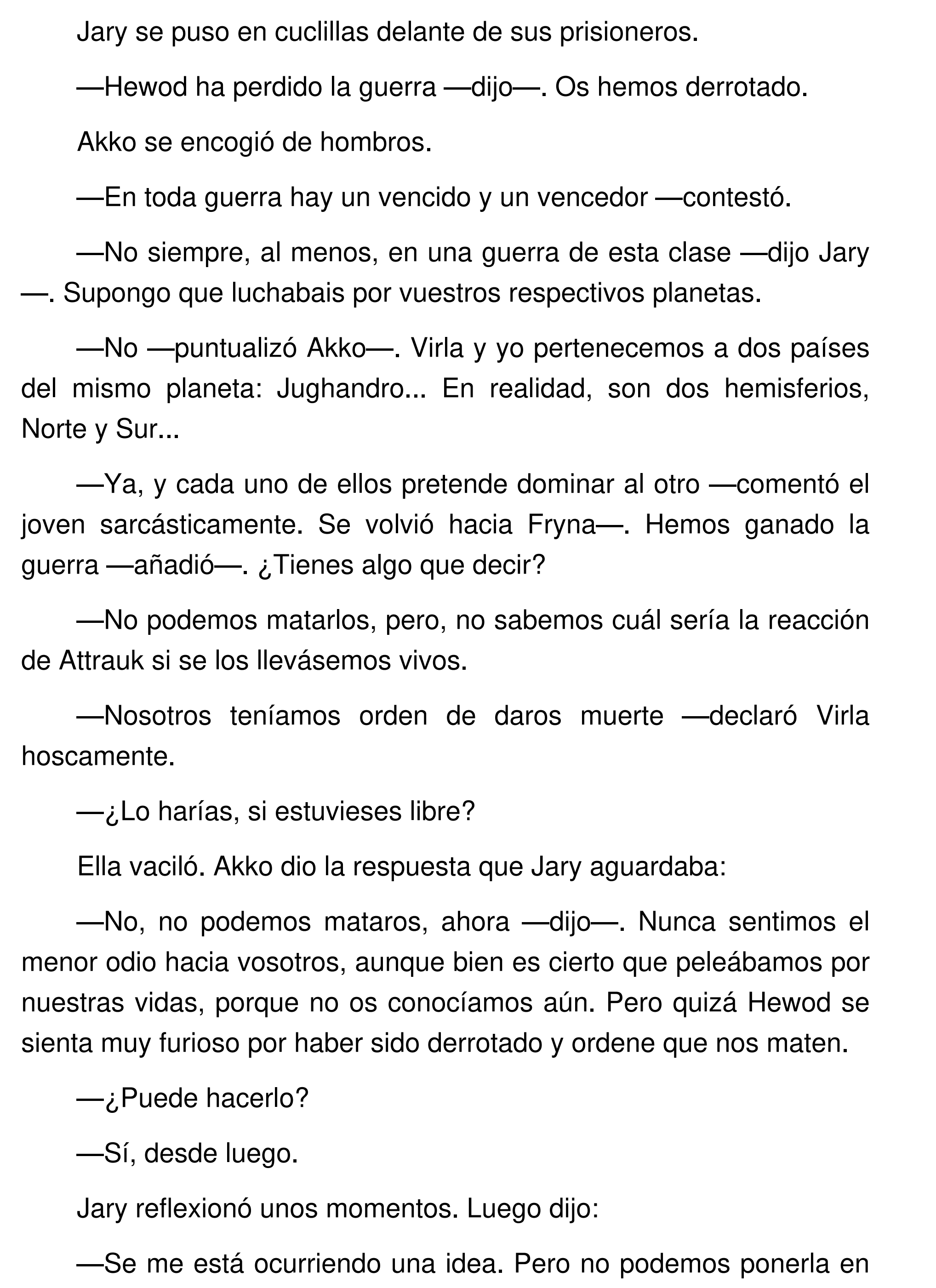
—¿Has oído, Fryna?

—No somos sanguinarios —dijo ella—. Nos agrada la paz.

—¿Cómo os capturaron los hombres de Hewod? —preguntó Jary.

—Conmigo, emplearon una trampa. Un hoyo en el suelo y luego cubierto de tierra y ramajes —respondió Akko.

—A mí me echaron el lazo cuando dormía —declaró Virla.



Jary se puso en cuclillas delante de sus prisioneros.

—Hewod ha perdido la guerra —dijo—. Os hemos derrotado.

Akko se encogió de hombros.

—En toda guerra hay un vencido y un vencedor —contestó.

—No siempre, al menos, en una guerra de esta clase —dijo Jary —. Supongo que luchabais por vuestros respectivos planetas.

—No —puntualizó Akko—. Virla y yo pertenecemos a dos países del mismo planeta: Jughandro... En realidad, son dos hemisferios, Norte y Sur...

—Ya, y cada uno de ellos pretende dominar al otro —comentó el joven sarcásticamente. Se volvió hacia Fryna—. Hemos ganado la guerra —añadió—. ¿Tienes algo que decir?

—No podemos matarlos, pero, no sabemos cuál sería la reacción de Attrauk si se los llevásemos vivos.

—Nosotros teníamos orden de daros muerte —declaró Virla hoscamente.

—¿Lo harías, si estuvieses libre?

Ella vaciló. Akko dio la respuesta que Jary aguardaba:

—No, no podemos mataros, ahora —dijo—. Nunca sentimos el menor odio hacia vosotros, aunque bien es cierto que peleábamos por nuestras vidas, porque no os conocíamos aún. Pero quizá Hewod se sienta muy furioso por haber sido derrotado y ordene que nos maten.

—¿Puede hacerlo?

—Sí, desde luego.

Jary reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Se me está ocurriendo una idea. Pero no podemos ponerla en práctica sin vuestra colaboración.

—¿De qué se trata? —preguntó Akko.

Jary se lo explicó a grandes rasgos. El gigante pareció considerar

la proposición.

—No estaría mal —respondió al cabo—. Y luego podríamos seguir con los otros...

—Eso es —convino el joven—. Tardaríamos bastante tiempo, pero ¿qué prisa nos corre?

—¡Espera! —dijo Virla—. Akko, creo que podríamos instruirles para que utilizasen nuestros poderes mentales.

—¿Qué? —gritó Fryna—. Eso es cosa propia de vuestra raza...

—No siempre es así —respondió Akko—. En realidad, podemos transmitir ese poder, siempre que la persona sea receptiva. Podemos intentarlo con vosotros; en el peor de los casos no se perderá nada, pero si no lo probamos tampoco sabremos si podéis hacerlo o no.

Jary se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué te parece, Fryna?

—Sí, merece la pena intentarlo —contestó la aludida—. Habrá que quitar las ligaduras que los sujetan...

—Usaré el cuchillo —dijo Jary.

Mientras cortaba la capa de sustancia plástica que se había endurecido en torno a las piernas de Akko, pensó en que resultaría muy divertido adquirir el poder de la invisibilidad a voluntad.

Tres semanas más tarde, Jary cerró los ojos un instante y se concentró de una manera absoluta. Fryna, Akko y Virla le contemplaban con gran atención.

De pronto oyó unos gritos de júbilo.

—¡Lo has conseguido!

CAPÍTULO VIII

Mientras caminaban a través del bosque, Fryna hizo una pregunta al

terrestre:

—¿Cómo provocarás la pelea, Jary?

—Si no lo hacen, les desacreditaremos ante sus pueblos. Tendrán que pelear, te lo aseguro.

—Ojalá sea como dices —deseó ella—. Jary, ¿te has dado cuenta de una cosa?

—¿Eh?

—Me refiero a Akko y Virla. Realmente, y comparados con nosotros, son unos salvajes. Usan armas más primitivas todavía, pero disponen de un formidable poder mental, que no sólo les permite hacerse invisibles a voluntad, sino transmitir esa facultad a quienes ellos desean.

—Bien, eso ya lo sabemos. ¿Qué sigue?

—Imagínate el día en que alcancen un estadio de civilización semejante al terrestre. ¿Qué sucederá entonces?

—No se me ha ocurrido pensarlo siquiera.

—Son, ya se creen aunque no lo manifiesten abiertamente, una raza superior. Cuando dispongan de todos los medios científicos, mecánicos y químicos que hay en la Tierra y en los planetas más avanzados, alguien se sentirá inflamado por ese espíritu de superioridad y se lanzará a la conquista de la Galaxia.

Jary se echó a reír.

—Pasarán algunas semanas antes de que empiece la cosa.

—Yo diría siglos enteros —se sulfuró ella, porque comprendía el sentido de una respuesta en que se mencionaba un plazo tan breve.

—Entonces, no tenemos por qué preocuparnos, salvo de lo inmediato. —Jary levantó la vista al cielo y añadió—: Querida, hemos empezado a andar al amanecer y ha pasado ya el mediodía. ¿Por qué no nos tomamos un baño en ese arroyo que se ve a menos de quinientos pasos y luego descansamos un poco?

—Sí, necesito descansar un poco —admitió ella con un suspiro.

Cuando llegaban a la orilla del arroyo, Jary vio que la muchacha desaparecía de su vista. Pudo ver las pieles con que cubría su cuerpo, pero éstas cayeron al suelo segundos después.

Sonrió para sí. Él seguía vestido con el pantalón corto que se había fabricado con su propio traje, por lo que se metió en el agua. Estuvo cosa de un cuarto de hora y luego salió para secarse al sol.

A Fryna no se la divisaba todavía, aunque podían advertirse en el arroyo ciertas agitaciones que no eran provocadas por la misma corriente. Jary se sentó en el suelo y esperó.

Minutos más tarde, vio que la hierba se aplastaba silenciosamente cerca de él. De pronto, alargó el brazo y asió un tobillo.

Fryna gritó y cayó de bruces.

—Suéltame —pidió.

—¿De verdad lo quieres?

—¿Qué quieres tú?

La respuesta de Jary fue buscar a tientas una boca femenina. Cuando la encontró, dio la respuesta a la pregunta de la muchacha.

Ella se debatió un poco, pero luego cedió. Entonces, su mente se relajó y volvió a hacerse visible.

Pero ya no protestó y se dejó llevar por aquellas sensaciones que, comprobó Jary más tarde, había deseado llegasen desde hacía muchísimo tiempo.

Aquél, se dijo, era el más agradable armisticio que podían establecer dos bandos en lucha. A pesar de todo, la guerra no había terminado todavía.

* * *

El hombre y la mujer dormían apaciblemente, cuando alguien entró en la estancia. Un puño golpeó con fuerza la sien de la mujer,

que continuó durmiendo. Attrauk despertó súbitamente, pero, en el mismo instante, sintió en su garganta la punta de un afilado cuchillo.

—No hables, si quieres seguir viviendo —oyó una voz, que brotaba de una boca invisible.

Los ojos de Attrauk se dilataron por el espanto.

—¿Quién eres? ¿Un fantasma?

—Nada de eso —contestó Jary, invisible—. Levántate.

Una mano asió el brazo derecho del aturdido Attrauk, quien sólo podía ver el cuchillo que amenazaba su garganta ominosamente. De pronto, vio que algo parecido a un pañuelo de gran tamaño flotaba en el aire y le tapaba la boca.

Attrauk se sentía terriblemente desconcertado. Antes de que pudiera resistirse, una soga ató sus muñecas y luego pasó por su cuello. Después, notó un tirón que le impulsó a caminar a la fuerza.

—Vamos, síguenos.

Attrauk se vio constreñido a obedecer. Hervía de furia interiormente, pero se sabía impotente para resistirse.

En silencio, caminaron hasta alcanzar el campo abierto. Entonces, Jary y la muchacha se relajaron y volvieron a ser visibles nuevamente.

Un poco más adelante encontraron las ropas y se vistieron. Luego reanudaron la marcha, a buen ritmo. Antes de que amaneciera, se habían alejado más de veinte kilómetros de la aldea.

Entonces, Jary quitó la mordaza a su prisionero.

—¿Qué es lo que pretendéis? —dijo Attrauk, furioso—. Esto, os puede costar muy caro...

—Debiéramos decirte que hemos ganado la guerra, y en realidad así ha sucedido, pero, después de haber conseguido la victoria, decidimos renunciar a ella.

—No entiendo.

—Lo sabrás dentro de unos días —sonrió Jary—. Vamos, camina.

Se volvió hacia la muchacha.

—No es mucho mejor que su rival, Hewod —agregó.

—Seguro. En el fondo, todos, pese a sus protestas de amor a su pueblo, sólo desean el poder.

—Ya lo has oído, Attrauk, eso es lo que pensamos de vosotros —dijo el joven, a la vez que pegaba un nuevo tirón a la cuerda que todavía unía las muñecas y el cuello del que, de jefe de un pueblo, había pasado a ser un simple prisionero.

* * *

Diez días más tarde se detuvieron en un punto del bosque y Attrauk, agotado, se dejó caer al suelo.

—Por favor, no puedo más...

Jary y la muchacha cambiaron una mirada de inteligencia.

—Sus hombres se movían incesantemente, pero él se dedicaba a la buena vida —dijo.

—Los demás trabajaban, mientras él se consideraba exento de toda obligación que no fuese mandar.

—Y se dejaba alimentar.

—Y le vestían gratuitamente.

—Y cuando se aburría de su esposa, buscaba una mujer más joven.

—Y... Oh, ¿para qué seguir? Su pueblo estaba embaucado y él los dominaba por la fuerza y el terror, con la ayuda de sus más fieles secuaces.

—También presumía de hombre benigno y amante de su pueblo, pero no eran más que palabras falsas, con las que encubría su verdadero carácter. ¿Nos equivocamos, Attrauk?

El prisionero les dirigió una colérica mirada.

—Un día os atraparé y...

Jary dio un nuevo tirón a la cuerda.

—¡Andando! ¡Todavía no hemos llegado!

Attrauk se vio obligado a caminar. Jary se daba cuenta de que todos aquellos meses de dura vida al aire libre, en un estado próximo al salvajismo, habían endurecido increíblemente su musculatura y desarrollado su fuerza física hasta extremos que le asombraban a él mismo. Attrauk era ahora poco menos que una pluma en sus manos y no tuvo otro remedio que seguirle.

Al atardecer llegaron a un lugar despejado, abundante en rocas, en donde había una especie de pozo natural, de paredes verticales y de unos diez metros de profundidad, por quince o más de anchura. Jary descolgó al prisionero y lo dejó caer al suelo.

—¿Vais a permitir que muera de hambre y sed? —preguntó Attrauk, aterrado.

—No morirás, descuida. Pero una noche en ayunas, te sentará bien —dijo Jary alegremente. Desde arriba, aflojó un poco la tensión de la soga y Attrauk pudo liberarse las muñecas, lo único que llevaba ahora atado. Entonces, Jary, rápidamente, recobró la cuerda y vio con satisfacción que el nativo, abrumado, se dejaba caer al suelo.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—Ahora sólo falta aguardar a nuestros adversarios —dijo.

—No pueden tardar ya mucho —respondió Fryna.

* * *

Dos días más tarde, aparecieron Akko y Virla. El primero llevaba sobre los hombros el cuerpo de un individuo, que lanzó al suelo, con gesto de inequívoca satisfacción.

—Aquí está nuestra pieza de caza —dijo Akko alegremente.

Jary contempló un instante al caído. El aspecto de Hewod le

desagradó de inmediato.

—Attrauk está en el hoyo —anunció.

—Muy bien, vamos a empezar ya, ¿no te parece?

—Será mejor que lo dejes descansar algunas horas. Attrauk lleva dos días y se ha recuperado por completo de la caminata. No podemos permitirles actuar en condiciones de inferioridad.

Fryna y Virla conversaban aparte, en actitud sumamente amistosa. Jary y Akko estudiaron el plan que debían llevar a cabo.

—Nos costará un poco —dijo el segundo.

—Tenemos tiempo más que sobrado, ¿no te parece?

—Sí, pero en lo que a nosotros respecta, pronto vendrán unos emisarios a conocer el resultado de la guerra.

—¿Cuánto tardarán?

—Un mes, cinco semanas a lo sumo.

Jary meditó unos instantes.

—Si me doy prisa, podríamos hacerlos coincidir —dijo al cabo.

—¿Está muy lejos?

—Una jornada de marcha. Podría salir ahora, estar allí mañana a mediodía y regresar al día siguiente, a estas horas, aproximadamente.

—De acuerdo. Nosotros vigilaremos a los prisioneros —respondió Akko.

—Procurad alimentarlos para que repongan fuerzas —se despidió el joven, a la vez que lanzaba una mirada de burla a Hewod, tan desconcertado como Attrauk en el momento de su captura días antes.

* * *

Jary regresó a las cuarenta y ocho horas, tal como lo había prometido. Había caminado sin parar y después de anunciar el éxito de su misión, fue al arroyo cercano y se metió en el agua. Fryna se acercó a la orilla y se sentó sobre la hierba.

—¿Crees que accederán? —preguntó, todavía insegura acerca del éxito.

—He recibido una respuesta afirmativa. Por parte de la Tierra, accederán; a fin de cuentas, es propaganda política. En cuanto a Smylion, creo que no querrán quedarse atrás. Naturalmente, queda por resolver el problema de Jughandro, pero creo que también dará resultado —contestó Jary, sentado en el fondo del arroyo, con el agua hasta el cuello.

—¿Y los nativos de este planeta?

—Si mis cálculos son exactos, empezarán a llegar a partir de mañana.

—Jary, ¿qué sucedería si se negasen a aceptar nuestras sugerencias? Es decir, imagínate que no les gusta lo que hemos ideado y que empiezan a atacarnos...

—Tendríamos que recurrir al poder de la invisibilidad —dijo él.

—Pueden usar sus tubos lanzasogas.

—La reunión se celebrará sin armas, por ninguno de los dos bandos. Por la cuenta que les tiene, aceptarán estas condiciones.

Fryna suspiró.

—Deseo que todo salga como lo has ideado. Porque si no es así...

—Si no es así, nos convertiremos en unos proscritos y tendremos que huir durante el resto de nuestras vidas.

—No es una perspectiva muy agradable, Jary.

—Godrob es muy grande, tanto como la Tierra. Se cansarían de perseguirnos. Y un día encontraríamos un lugar seguro donde vivir... pero, sinceramente, todo saldrá bien. Créeme, debemos ser optimistas sobre un futuro sin guerras.

—Antiguamente, guerreaban miles y aun millones de soldados por ambos bandos...

—Y ahora, a pesar de la inferioridad numérica, la situación es la misma. Todo se hace por la ambición de poder, por la codicia, por el ansia de dominio que sienten unos hombres que se creen superiores por el simple hecho de ocupar unos cargos elevados. Y esto es lo que debemos evitar, por muy alto que sea el precio que hayamos de pagar.

Fryna se quedó pensativa unos momentos. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, merece la pena correr riesgos para conseguir la paz —dijo al cabo.

CAPÍTULO IX

Lentamente, hombres y mujeres de los dos territorios se congregaban en torno a la explanada rocosa, en cuyo centro se hallaba el anfiteatro construido por la naturaleza y en el que se iba a efectuar el combate. Muchos, sobre todo, los más jóvenes, habían venido a pie, pero la mayoría había usado paquidermos, como simples monturas o bien como animales de tiro. Jary pudo advertir que los partidarios de Hewod llevaban brazaletes de madera pintada de rojo en el brazo derecho. Los partidarios de Attrauk usaban una cinta amarilla que ceñía sus frentes.

Las miradas eran recelosas, casi hostiles. Sin embargo, no se produjo ninguna agresión física, aunque hubo intercambio de palabras más o menos insultantes. Cerca del mediodía, cuando ya se había reunido en aquel lugar una multitud de unas mil personas, Jary creyó llegado el momento de actuar y se encaramó en una roca que le permitía dominar a todos los presentes.

—Escuchad un momento —dijo, después de que se hubo hecho el silencio—. Aquí estáis reunidos representantes de dos de los pueblos que habitan este planeta. Cada fracción siente deseos de una cosa, y es antagónica de la otra, completamente opuesta,

absolutamente distinta. Unos quieren que todo siga como hasta ahora, es decir, permitiendo que en vuestro planeta se desarrollen guerras por seres de otros mundos, pero cobrando un canon en especie por ese permiso. Otros en cambio, quieren prohibir tales guerras, y su actitud, en apariencia, es la más sensata. Pero los jefes que os dirigen, en ningún momento os han consultado sobre vuestros deseos; simplemente, os han hecho saber su voluntad, no os han permitido discutir libremente la cuestión y os han hecho aceptar sus decisiones, sin permitir la menor objeción. Para nosotros, los combatientes, tan aceptable es una opción como la otra, aunque, personalmente, somos opuestos a la guerra.

»Ahora bien, la mejor manera de zanjar un conflicto no es enviando a otros a luchar forzadamente por una causa que no es la suya. Incluso aunque esa causa sea legítima, siempre cabe la discusión, y eso es algo que no ha sucedido aquí. Por tanto, nosotros los guerreros hemos acordado la paz sin consultar con nadie, salvo nosotros, los verdaderamente interesados en salvar la vida en guerras que no nos afectan, por muchas palabras grandilocuentes que se empleen.

»Y aunque tampoco os hemos consultado sobre esta decisión, tenemos derecho a tomarla, porque hemos podido perder la vida. Por tanto, en lugar de una guerra desarrollada entre dos parejas de extranjeros, habrá una guerra que se realizará por las personas directamente implicadas en ella: Attrauk y Hewod.

Después de concluido su discurso, se produjo un gran silencio. Súbitamente, alguien empezó a aplaudir.

Inmediatamente se oyeron gritos de alegría, mezclados con denuestos para los dos combatientes. Jary, satisfecho, sonrió para sí, a la vez que levantaba sus brazos a fin de imponer silencio nuevamente.

—¡La guerra empieza ahora mismo! —gritó.

Akko y Virla avanzaron, llevando en brazos a Hewod, que se debatía furiosamente. Fryna empezó a pensar en cubrir su desnudez.

Estaba sin ropa, tal como habían acordado, por si las cosas salían mal y era preciso recurrir a la invisibilidad para escapar de aquel lugar.

Hewod fue descendido por una soga al pozo. La multitud se congregó en torno al borde, ávidos todos de presenciar el combate.

Abajo, Attrauk y Hewod se contemplaban mutuamente, quietos, sin atreverse a iniciar el menor movimiento ofensivo.

—¡Vamos! ¿A qué esperáis? —gritó uno.

—¡Cobardes! ¡A pelear! —les apostrofó una mujer.

Los insultos llovían sobre los dos individuos. De pronto, alguien agarró una piedra y la lanzó abajo con todas sus fuerzas.

Jary empezó a temer que todo acabase en una sangrienta lapidación, cosa que no deseaba ciertamente. Pero, de súbito, Attrauk levantó los brazos, suplicando piedad.

Hewod hizo lo mismo.

—¡Me considero vencido! —gritaron los dos hombres al unísono.

Sonaron algunos gritos y risas de burla. Fryna volvió los ojos hacia el joven.

—Es la primera vez que veo una guerra en la que los dos bandos se consideran vencidos —dijo.

—Aunque la retórica oficial diga lo contrario, en una guerra nunca hay ganadores: todos son vencidos —contestó el joven sentenciosamente.

Akko y Virla se les acercaron.

—¿Qué hacemos ahora? —consultó el gigante.

—Tendremos que aguardar la llegada de vuestros emisarios —respondió Jary. Lanzó una mirada hacia la multitud, parte de la cual abandonaba ya el lugar—. Ahora deben ser ellos los que tomen sus propias decisiones, en lugar de confiarse a un solo hombre.

—Les resultará duro y penoso —vaticinó Fryna.

Un hombre se acercó al grupo en aquel instante.

—Soy Dubbo —se presentó—. Del pueblo de Attrauk.

—Encantado, Dubbo —dijo Jary.

—He conversado con algunos de los pertenecientes al pueblo de Hewod. Vamos a iniciar el estudio de unos acuerdos, que permitan las guerras en Godrob, bajo determinadas condiciones y en circunstancias ventajosas para nosotros.

—¿Qué condiciones, Dubbo?

—Primero, el combate se efectuará en un lugar cerrado, de modo que no se causen perjuicios a la superficie del planeta, ni a los animales ni a las plantas ni, por supuesto, a los seres humanos. Segundo, la guerra consistirá en una prueba deportiva incruenta, lo que estudiaremos con más detalle. Y, tercero, tanto Attrauk como Hewod, han sido depuestos de sus cargos y serán simples ciudadanos a partir de ahora. Realmente —añadió Dubbo con una sonrisa—, su falta como jefes no será demasiado notada. Les obedecíamos por un respeto ancestral, casi por rutina, pero todo puede marchar sin ellos perfectamente.

Dubbo hizo una pausa y añadió:

—Quedarse estancado, como pretendía Attrauk, no es conveniente, ni tampoco es bueno buscar el beneficio por cualquier medio, como quería Hewod. Tenemos muchas necesidades, es cierto, pero hay cosas que no necesitamos en absoluto. Una de ellas, sobre todo, es que nadie disponga libremente de nuestro planeta, que cuente con nosotros como seres humanos y no salvajes indignos de cualquier consideración.

Jary alargó la mano derecha y puso la izquierda en el hombro del nativo.

—Estoy plenamente de acuerdo contigo y me pongo a tu disposición incondicionalmente. Nosotros, si me lo permites, también tenemos un problema que solucionar con nuestros jefes.

—Creo poderte asegurar de antemano que todo lo que hagas

será aceptado —respondió Dubbo.

—Gracias. Si me lo permites, te explicaré...

Jary habló durante unos momentos. Cuando terminó, Dubbo declaró que era un plan sumamente aceptable.

—Sólo falta que la idea resulte un éxito —dijo.

—Eso espero —contestó el terrestre—. Y ahora, si me lo permites... Te visitaremos en el momento oportuno.

Se volvió hacia Fryna, que estaba con Akko y Virla.

—Podemos marcharnos —manifestó. Y cuando ya habían iniciado la marcha, se dirigió a la otra pareja—. ¿Tardarán mucho en llegar los emisarios de Jughandro? —preguntó.

—Una semana, como máximo —respondió Akko.

—Les esperaremos. —Jary agarró la mano de Fryna con gesto posesivo—. Después, será nuestro turno —añadió firmemente.

* * *

De repente, cuando llevaban dos días de marcha, presenciaron un espectáculo singular.

Esta vez eran dos hombres los contendientes, quienes luchaban con unas armas como jamás habían visto ninguno de los cuatro. Estaban separados por una distancia de unos cinco o seis metros, que ninguno de ellos reducía en más de uno o dos, y empuñaban unos tubos cortos, de unos treinta centímetros de largo por cinco de grueso.

De cada tubo sobresalía un cable, que iba a parar a un depósito situado a la espalda. Los dos hombres saltaban y giraban continuamente, buscando sin cesar el punto más vulnerable de su adversario. De cada tubo, casi incesantemente, brotaban largos dardos de luz, que morían generalmente antes de alcanzar su objetivo, evidentemente un cuerpo humano.

Los dardos de luz se deshacían a los cinco metros de distancia, tras un chispazo no demasiado fuerte. Alguno de ellos tocaba el suelo

y carbonizaba instantáneamente las plantas o vitrificaba la tierra.

Jary se quedó atónito. Aquella especie de lanzarrayos podía carbonizar a un hombre instantáneamente. Los contendientes, no cabía la menor duda, eran hombres muy hábiles en el manejo de sus armas y, por el momento, ninguno de ellos parecía obtener la menor ventaja sobre su adversario.

Estaban ocultos desde el otro lado de unos espesos arbustos y los luchadores no habían advertido su presencia.

—Deberíamos separarlos —sugirió Akko.

—Se van a matar —dijo Fryna.

—Nuestras armas son muy inferiores. Esos tubos que disparan rayos son terriblemente peligrosos —alegó Jary.

—Puedo emplear mi arco —dijo la muchacha—. Tengo buena puntería y un par de flechazos en sendos muslos les refrescará la sangre.

—¿Y si te equivocas y hieres a alguno de ellos en un punto vital? Además, en cuanto caiga uno, el otro se arrojará sobre él y lo abrasará vivo. No, tenemos que buscar otro método...

—Podríamos volvernos invisibles y acercarnos sigilosamente —apuntó Virla.

La idea no era mala, pensó Jary. Pero antes de que tuvieran tiempo de concretar el plan de acción, ocurrió algo inesperado y horripilante.

Un dardo de fuego bajó del cielo y abrasó instantáneamente a uno de los duelistas. Su cuerpo se convirtió en un montón de carne completamente ennegrecida, de la que se desprendía un nauseabundo olor.

El otro, sorprendido, pera satisfecho, volvió la cabeza y levantó la mano, saludando a alguien que estaba situado a cierta altura. Casi en el mismo instante, sonó una voz agria a espaldas de los cuatro viajeros.

—¡Vosotros, quietos ahí o acabaréis quemados vivos!

* * *

Jary volvió la cabeza en el acto y divisó a dos hombres que les apuntaban con sendos tubos, idénticos a los que habían utilizado los duelistas. Pero éstos vestían un extraño uniforme, con casco dorado y coraza, así como protección del mismo metal para brazos y piernas, y que Jary supuso era una armadura que evitaba los daños infligidos por una descarga de un tubo lanza-rayos.

—Levantad las manos, amigos —dijo serenamente—. De nada serviría intentar la resistencia. Nos matarían antes de poder mover una pestaña.

Sonó una alegre carcajada.

—Celebro que te lo tomes con tanta sensatez —dijo el mismo que había hablado antes—. Y ahora, los cuatro, con las manos así, sobre la cabeza, avanzaréis hacia el claro y esperaréis nuevas órdenes. ¿Entendido?

Jary entrelazó los dedos sobre su cabeza.

—Hagamos lo que nos ordenan —aconsejó.

A los pocos momentos, presenciaron un espectáculo todavía más asombroso de lo que habían visto hasta entonces. Una nave espacial, de forma discoidal, descendía lentamente hacia el suelo, sobre el que se posó instantes más tarde. Se abrió una escotilla, se desplegó una escala y varios individuos, algunos cargados con unos extraños aparatos, iniciaron el descenso en el acto.

El hombre que les había capturado se adelantó varios pasos y saludó respetuosamente a otro, equipado como él, pero con unas extrañas insignias rojas en la armadura.

—Te saludo, Epphor —dijo—. Hemos atrapado a los prisioneros, como ordenaste.

Epphor miró un instante a los cuatro cautivos y luego volvió la cabeza hacia el otro duelista, que avanzaba hacia él con la sonrisa en

los labios.

—Habéis llegado a tiempo —dijo el duelista.

—Nos retrasamos un poco, en efecto, pero hemos llegado y eso es lo que importa, Trundo. —Epphor lanzó una mirada hacia el montón de carne ennegrecida que yacía a veinte pasos de distancia —. Era duro de pelar, parece.

—Mucho. Ya me veía bien asado... pero gracias a ti, podemos decir que hemos ganado la guerra.

—Sí, la hemos ganado, pero es preciso que lo demostremos con pruebas irrefutables —contestó Epphor.

De pronto, se acercó a los prisioneros.

—Pertenecemos al planeta Haggul y estamos en guerra con Kynnix, por motivos que no os interesan. Ganar esa guerra es vital para nosotros...

—¿Para quién no es vital ganar una guerra? —dijo Jary sarcásticamente—. Pero en este caso, me parece se ha hecho una trampa inadmisible.

Epphor sonrió malévolamente.

—Es cierto, pero no debes olvidar que el fin justifica los medios —respondió —. Sin embargo, necesitamos de vosotros.

—¿Qué es lo que quieres?

—Verás... Aunque te parezca increíble, hacía rato que os seguíamos el rastro. Entonces, hice desembarcar a dos de mis hombres, que fueron quienes os han capturado. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. Continúa.

—Sólo necesitamos de vosotros un pequeño favor. Mira allí.

Jary volvió la vista. Algunos de los hombres que habían desembarcado con Epphor estaban montando lo que parecían un par de cámaras de televisión, conectadas con el interior de la nave, de cuya cúpula superior emergía una potente antena que, supuso, debía

de tener un enorme alcance.

—Bien —prosiguió Epphor—, lo que queremos de vosotros es bien sencillo. Ahora registrarán vuestras declaraciones, como testigos presenciales de la lucha que Trundo ha sostenido con su adversario. Claro que os podéis negar, pero... mis hombres estarán del otro lado de las cámaras, por si se os ocurre alguna idea que no nos guste demasiado.

La amenaza era evidente, pensó Jary. Pero aún había otra cosa mucho más evidente.

Apenas declarasen que Trundo había vencido en duelo leal a su adversario, Epphor daría orden de quemarles vivos. Para Epphor, pensó, no eran sino unos salvajes dañinos, que no merecían siquiera ser considerados como personas.

La situación era desesperada y no le veía ninguna salida. Bastaba fijar la vista en el rostro de Epphor para adivinar tan claramente sus intenciones, como si las hubiera expresado de palabra.

Delante de ellos, cuatro hombres les apuntaban con el tubo lanzarrayos. Los encargados de las cámaras aguardaban en silencio.

Epphor sonreía como un demonio.

Y la muerte estaba a cinco pasos de distancia.

Esta vez, pensó Jary amargamente, era una guerra de verdad.

CAPÍTULO X

Inesperadamente, Fryna dio un paso hacia adelante.

—¿Me permites, Epphor?

—¿Tienes algo que añadir a lo que espero de vosotros? —preguntó fríamente el interpelado.

—Señor —dijo ella con acento rebosante de humildad—, estamos dispuestos a obedecerte en todo cuanto nos ordenes. Pero creo que deberías conocer un poco mejor las costumbres de los nativos de este planeta, dicho sea con el máximo respeto a tu rango y a tu inteligencia.

«Esta chica es lista. Le está dando coba, pero ¿adónde quiere ir a parar?», pensó Jary.

—Muy bien, habla —accedió Epphor benignamente—. Nos gusta respetar las costumbres de otros mundos, pero ¿a qué te refieres en particular?

—Verás... Ahora estamos vestidos, porque, necesitamos cubrirnos un poco, hemos de llevar los cinturones para los cuchillos... No obstante, cuando nos hallamos en presencia de personas de rango muy superior al nuestro, nos despojamos por completo de todas nuestras vestiduras y de nuestras armas, en señal de respeto y acatamiento.

—Hombre, eso es muy interesante —dijo Epphor—. Sigue, ¿qué más?

—Eso es todo, señor. Si nosotros fuésemos a Haggul, respetaríamos las costumbres de vuestro planeta, cualesquiera que fuesen. Por tanto, te ruego nos permitas despojarnos de todo cuanto llevamos encima.

Jary se sentía exultante de júbilo. Fryna había dado con la idea salvadora. ¿Cómo no se le había ocurrido a él antes?

—Señor —dijo de pronto uno de los cámaras—, desnudos parecerán más salvajes todavía.

—Tú —indicó el otro cámara, dirigiéndose a Akko—, échate el pelo sobre la cara.

—Sí, señor —accedió el interpelado.

Epphor sonreía satisfecho. Bien mirada, aquella nativa era una mujer estupenda. Quizá se la llevase como esclava a Haggul. En cuanto a los otros... bien, no merecía la pena ocuparse de ellos.

Jary dejó caer sus armas al suelo, se descalzó y luego se quitó el pantalón corto que ceñía sus caderas. A su izquierda, Akko y Virla se desnudaban en silencio.

Instantes después, estaban ya completamente desnudos. Entonces, Fryna lanzó un agudo grito:

—¡Invisibles! ¡Ahora!

Súbitamente, los cuatro «nativos» desaparecieron de la vista de Epphor y sus secuaces.

* * *

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó uno.

—¡Han desaparecido! —chilló uno de los cámaras.

—¡Buscadlos, estúpidos! —rugió Epphor.

De pronto, sintió que una mano le tocaba en el hombro izquierdo. Volvió la cabeza y un puño invisible le golpeó con tremenda violencia en el mentón, haciéndole volar unos cuantos pasos, antes de caer sin sentido sobre la hierba.

Akko y Virla, por su parte, luchaban con espantosa dureza, utilizando al máximo su colosal potencia física. Las cámaras volaron por los aires y sus operadores se sintieron alzados en vilo y lanzados a gran distancia. Los soldados, aterrados, no se atrevían a disparar, para no abrasarse con sus propias descargas. Fryna, por su parte, no era de las menos activas y golpeaba con lo que podía y como podía.

Aprovechando el desconcierto, Jary penetró en la astronave y llegó a la cabina de mando, en la que había dos desconcertados pilotos, contemplando la escena, sin saber qué hacer, ni atreverse a despegar, sin tener órdenes de Epphor. De pronto, se oyó un chasquido y uno de ellos se desplomó inconsciente sobre el cuadro de mandos.

El otro se volvió. Dos puños le golpearon sucesiva y demoledoramente en el estómago y el mentón, dejándole sin sentido en el acto. Jary arrastró uno de los cuerpos y lo arrojó a través de la

escotilla. Luego hizo lo propio con el otro.

Para entonces, la lucha había terminado ya. Uno de los hombres de Epphor se quejaba sordamente. Akko le había quitado la mochila de la espalda, con la que alimentaba de energía a su tubo lanzarrayos, por el sencillo procedimiento de dar un terrible tirón a los atalajes, que se habían roto como si fuesen de papel. Los restantes, aturdidos y llenos de pánico, yacían en distintas posturas sobre el suelo.

Jary recogió los distintos tubos lanzarrayos, alejándolos de sus dueños. Luego se hizo visible.

Fryna también recobró su corporeidad y corrió a vestirse. Aturdido, Epphor empezaba a recobrar el sentido.

Akko se acercó a la muchacha.

—Has tenido una buena idea, aunque, no entiendo del todo su utilidad —manifestó—. Sólo nos pedían una mentira y, ¿qué nos importa la guerra entre Haggul y Kynnix?

—Los haggulianos obraron con deslealtad —respondió Fryna—. Sólo querían que declarásemos una mentira. Luego, nos hubieran quemado vivos.

—Entonces, hemos obrado correctamente —dijo Virla.

—No lo dudes. —Fryna se volvió hacia el joven—. Bien, ¿qué hacemos ahora con estos granujas?

—Deberíamos darles una buena lección —contestó el joven pensativamente—. ¿Se os ocurre algo?

—Podemos abandonarlos desnudos y sin provisiones —dijo Akko, rencoroso por saber que había estado a punto de ser asesinado.

—¿Y la nave? —preguntó Fryna.

—Es del tipo unificado —contestó Jary—. Dispone de piloto automático, con mando de despegue para un tiempo seleccionado de antemano y una ruta programada según los deseos del piloto.

—¿Sabes manejarla? —dijo la muchacha, admirada.

—En la Tierra ocupaba el segundo escalón en una fábrica de astronaves. Quiero decir que casi había llegado al primer puesto —sonrió Jary.

—Y lo dejaste...

—Odiaba aquella vida... pero creo que Epphor está recobrándose ya. Akko, Virla, ¿cuál es vuestra opinión?

—Abandonarlos a todos aquí —contestó el primero hoscamente.

—Desnudos y sin armas —añadió Virla.

—A todos —puntualizó Fryna.

—La mayoría gana —dijo Jary.

Buscó uno de los tubos lanzarrayos, hizo unas cuantas pruebas y luego encañonó a los haggulianos.

—¡Fuera ropas! —ordenó.

Media hora más tarde, todas las ropas y las armas lanzarrayos estaban en el interior de la nave. Jary efectuó las operaciones necesarias y corrió hacia la escotilla. Mientras, Epphor y sus secuaces, incluido Trundo, permanecían bajo la amenaza de los arcos y las flechas, humillados, abatidos y desesperados por la que todavía les resultaba incomprensible derrota.

Apenas se cerró la escotilla, mediante los mecanismos automáticos, la astronave inició el despegue. Cinco minutos después, se había perdido de vista en las alturas.

—¿Adónde la has enviado, Jary? —preguntó Fryna.

—He programado una órbita que la llevará al sol de Godrob —respondió el interpelado—. Se quemará dentro de una semana, aproximadamente.

Luego fijó la vista en los vencidos.

—Estáis libres —añadió—. Algún día vendrán a rescataros, pero debéis saber que este planeta tiene dueño, muchos dueños, mejor

dicho, y que no permitirán que nadie lo utilice para solucionar sus conflictos.

Recogió sus cosas y echó a andar.

—Vámonos.

* * *

Estaban los cuatro, sentados en el suelo, no lejos de una hoguera en la que poco antes habían asado un cordero nativo. Akko aseguraba que los emisarios de su planeta ya no podían tardar. Sin embargo, se sentía receloso de que aceptasen el plan.

—Lo aceptarán —afirmó Jary, seguro de lo que decía.

De repente, un chispazo taladró el follaje bajo cuya sombra se hallaban. Jary se puso en pie.

—Creo que están ahí. Debéis ocultaros, pronto.

Akko y Virla obedecieron en el acto. A los pocos momentos, una nave inició la maniobra de aterrizaje.

Dos hombres, de corpulencia semejante a la de Akko y Virla, pusieron pie en el suelo. Jary se adelantó a recibirlos. Fryna, siguiendo sus instrucciones, estaba dando un rodeo para situarse a sus espaldas.

—¿Qué deseáis? —preguntó Jary altivamente. Los recién llegados se mostraron sorprendidos.

—Tú no eres el hombre al que buscamos —dijo.

—Me llamo Jary y represento al jefe de Godrob —declaró el joven —. Tengo plenos poderes para actuar en su nombre. Hablad.

Los recién llegados parecieron sentirse desconcertados.

—Buscamos a dos personas, hombre y mujer, Akko y Virla —dijo —. Tal vez uno de ellos haya muerto. Eso es lo que queremos saber.

—Ah, se trata de una guerra...

—Sí. Naturalmente, queremos saber su resultado.

Jary miró a los dos individuos.

—Cada uno de vosotros, pertenece a uno de los bandos en lucha.

—En efecto.

—Yo sé cómo ha terminado esa guerra, pero no os diré nada a vosotros. Carecéis de categoría para recibir nuestro informe.

Los recién llegados cambiaron una mirada.

—Está loco —dijo uno.

—No sabe con quién está tratando —añadió el otro.

—¿Le damos una lección?

—Claro. Pero, vestidos...

La pareja empezó a quitarse las vestiduras. De repente, dos chorros de sustancia pegajosa volaron por los aires y les cubrieron la cabeza y los hombros, antes de que hubiesen tenido tiempo de dejar el tórax al descubierto.

Fryna lanzó luego más goma a las piernas. Los hombres de Jughandro cayeron al suelo, pataleando frenéticamente, pero, a los pocos segundos, se vieron obligados a desistir de sus esfuerzos. Para evitar que se asfixiaran, Jary rasgó parte de la envoltura que cubría sus rostros por completo y que ya se había solidificado.

—Si pensáis en volveros invisibles, desechad la idea —dijo, mientras los emisarios, aturdidos, habían cesado ya en sus forcejeos —. ¿Quién representa al norte? —preguntó.

—Yo, Murnutt —dijo uno.

—¿El Sur?

—Gribol —se presentó el otro, con aire desmadejado.

—La batalla entre Akko y Virla no se ha celebrado todavía —dijo el joven—. Y no se efectuará, hasta que no estén presentes vuestros jefes. Por tanto, si no quieren venir, seguirá el estado de guerra entre los dos hemisferios de Jughandro. Y eso es algo que el Consejo

Supremo de la Galaxia podría considerar como inconveniente, porque estamos dispuestos a plantear una demanda a menos que vuestros jefes no accedan a venir a Godrob.

—Transmitiremos tu mensaje —aseguró Murnutt.

—Muy bien. Fryna, suéltalos cuando yo te ordene.

—Está bien.

Jary penetró en la nave y operó en ella durante media hora. Al terminar, asomó la cabeza por la escotilla.

—¡Listo ya, Fryna! —gritó.

El cuchillo de jade rasgó las ligaduras, lo que permitió a los dos emisarios ponerse en pie. Jary saltó al suelo, con un objeto brillante en la mano.

—He programado una órbita directa a Jughandro, y me quedo con el sistema de contacto entre los supergeneradores, de modo que no podréis intervenir en los mandos. Eso me da la seguridad de que repetiréis nuestro mensaje. Y dado que el viaje os cuesta poco más de una semana, dentro de tres, los jefes estarán aquí presentes o se encontrarán con una sorpresa desagradable cuando los citen para informar en el Consejo Supremo. ¡Vamos, la nave va a despegar dentro de un minuto!

Murnutt y Gribol echaron a correr precipitadamente. La astronave se elevó raudamente al finalizar el plazo señalado por Jary.

Virla y Akko salieron de su escondite a los pocos momentos.

—¿Crees que vendrán? —preguntó la mujer, recelosa.

—Después de lo que les he dicho, no tienen otro remedio —contestó Jary—. Entiendo un poco de leyes galácticas y sé que lo que menos desea un jefe de estado planetario es enfrentarse con una investigación del Consejo Supremo de la Galaxia. Todos, absolutamente todos, incluido el del planeta Tierra, tienen una libertad de acción casi ilimitada. Pero esa palabra, «casi», encierra una serie de restricciones que ninguno puede ignorar.

—Pero no dispones de nave para acudir a la capital de la Galaxia —exclamó Fryna.

Jary se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo saben ellos? —sonrió.

Los ojos de Fryna chispearon.

—Eres astuto —dijo—. Sin embargo, te falta lo más importante.

—Lo sé. Pero también vendrán. Mientras tanto, ¿por qué no hacemos un viaje que nos costará solamente un par de jornadas? Tenemos tiempo de sobra y yo... hace tiempo que siento la necesidad de... Bueno, ya lo verás en el momento oportuno.

El momento oportuno llegó dos días después, cuando Jary sacó de la bolsa que había ocultado una botella de coñac y una caja de cigarros. Sus acompañantes se quedaron pasmados al verle echar humo por boca y narices y, además, con notoria complacencia. A Virla y Akko les gustó mucho el coñac, pero se portaron con mesura, siguiendo los consejos de Jary. Fryna, en cambio, no quiso probarlo siquiera.

—No bebemos alcohol en Smylion —manifestó.

—Es un error. Un traguito, de cuando en cuando, y sin abusar, claro, hace que la vida se vea bajo un prisma mucho más optimista. Por cierto, Fryna, todavía no te he preguntado qué piensas hacer cuando la guerra haya terminado.

—No lo he pensado todavía...

—Puede que yo te haga una sugerencia entonces. Si no me sacas la lengua y me tiras algún cacharro, como hiciste la primera vez que nos conocimos.

—Había millones de kilómetros entre nosotros —rió ella—. Además, yo tenía que representar el papel de chica belicosa. Pero, francamente, no me gustaba. Recuerda, pude haberte matado a traición y no lo hice.

—Eso sí es verdad —admitió Jary.

Tres semanas más tarde, llegaron los jefes de estado de los dos hemisferios de Jughandro. Una vez más, haciéndose pasar por el plenipotenciario de Godrob, Jary les hizo saber sus condiciones para solucionar el conflicto.

Los dos hombres se negaron rotundamente. Pero era todo lo que podían hacer. Estaban envueltos, de los pies a la cabeza, por aquella sustancia pegajosa que se solidificaba al contacto con el aire y sólo tenían libre el rostro. Incluso su cráneo estaba cubierto, de modo que no podían moverse en absoluto.

—Bueno, les dejaremos aquí hasta que reflexionen —dijo Jary, sin perder la calma—. No pueden comer, no pueden beber, no pueden moverse... y el sol calienta bastante a mediodía.

—¡No! —gritó uno de ellos—. Nos rendimos.

El otro asintió también. Entonces, Jary dijo:

—Queda declarada la paz, sin vencedores ni vencidos. Entre el hemisferio Norte y el hemisferio Sur no habrá guerra jamás. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron los dos jefes de estado al unísono.

CAPÍTULO XI

—Las leyes sobre la guerra son excelentes. Pero, aun así, todavía permiten la guerra —dijo Jary, mientras arrimaba un fósforo al extremo del cigarro que sostenía con los dientes.

—No se pueden derogar —alegó Fryna.

—Tendremos que esperar un poco, para saber si se pueden o no se pueden derogar —contestó él.

Akko y Virla aparecieron en aquel momento.

—Nos vamos —dijo el primero.

—Regresamos a Jughandro —añadió ella.

—Es nuestro mundo. Nos gusta y queremos vivir allí.

Jary estrechó la mano de Akko.

—Gracias por enseñarme a ser invisible —dijo.

—No lo hagas con esa preciosa chica al lado —rió Akko.

—En todo caso, lo haría para escapar de ella —contestó el joven, con una fuerte risotada.

—Con el tiempo, si no se practica, esa facultad puede perderse —advirtió Virla.

—Lo tendremos en cuenta.

Con las manos juntas, Akko y Virla emprendieron la marcha hacia el punto donde iban a ser recogidos por la nave enviada en su busca. Al quedarse solos, Jary se volvió hacia la muchacha.

—Debemos ir hacia el lugar donde tengo el coñac —dijo.

—¿Aún quieres beber más? —se sulfuró ella.

—Además del coñac, tengo una cosa —respondió Jary sibilinamente.

Era un transmisor subespacial. Jary se lo había hecho incluir en el equipo, a pesar de las protestas de la general Kella Marsl. Cuando conoció las intenciones de Jary, Fryna se mostró, no sólo asombrada, sino también escéptica.

—Éstos no picarán —dijo—. Son menos ingenuos...

—Ya veremos. ¿Sabes? Una vez hice un viaje a la capital de la Galaxia. Me comisionaron por mis conocimientos sobre astronaves. Dejé allí a un par de buenos amigos.

—Y los has llamado.

—En efecto. —Jary frunció el ceño—. Se sentían disgustados por el cariz que tomaban las cosas en la Tierra, pero, como eran asuntos internos, no podían pedir una intervención del Consejo Supremo. La

cosa, ahora, es muy distinta.

—Esperemos que todo suceda como deseas —dijo Fryna.

—Mal irían las cosas si no fuese así —respondió él.

Una semana más tarde, vieron descender una astronave, con los emblemas de la Tierra pintados en los costados. La primera persona que desembarcó era la general Marsl, seguida de cuatro hombres uniformados de negro, pertenecientes a la «Producpol».

Jary salió a su encuentro, con la sonrisa en los labios, pero se quedó parado en el acto, cuando Kella dijo:

—Se ha recibido tu mensaje y debo comunicarte la negativa del presidente a venir aquí. Además, en vista del mensaje que enviaste, se te considera culpable de traición y, por tanto, se te ha condenado a muerte, sentencia que va a ser ejecutada en el acto.

* * *

Fryna lanzó un grito de terror al oír aquellas palabras. Jary se quedó helado.

—Pero eso es absurdo...

—Ahí veo a tu adversario. ¿Por qué está vivo? —dijo Kella.

Jary hizo un movimiento con la cabeza.

—Tienes miedo de perder tu cargo —adivinó.

—Soy un soldado y cumplo con mi deber —contestó Kella rígidamente.

Dio dos o tres pasos en sentido lateral y quedó de costado, dejando el campo libre a los cuatro policías que le acompañaban y que habían venido armados con pistolas lanzarrayos, de mucho mayor alcance y potencia que las usadas por los haggulianos.

—Jary, si tienes un último deseo, exprésalo, antes de que se cumpla la sentencia.

Los labios del joven se contrajeron.

—Quiero desnudarme —dijo.

Kella respingó.

—Eso es inmoral...

—¿De veras? —sonrió él—. Más de una vez me viste desnudo, creo recordar. Y te agradaba, si mi memoria no me falla, que no me falla.

Kella enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Lo hice cumpliendo con mi deber, como ahora también lo cumplo —respondió.

—Está bien, pero has dicho que podía pedir un último deseo, y ese deseo consiste, precisamente, en desnudarme.

—Y yo también —exclamó Fryna, a la vez que empezaba a quitarse la ropa.

—Contra ti no tenemos ningún cargo. Eres extranjera...

—Quiero seguir la suerte de Jary —dijo Fryna.

Kella vaciló. Antes de que pudiera tomar una decisión, Jary y la muchacha se habían despojado de sus indumentarias.

Y entonces, se volvieron invisibles.

* * *

Avergonzada, humillada, roja de vergüenza, Kella yacía en el suelo, junto con sus secuaces. Los pilotos de la astronave habían sido inutilizados también y el joven estaba operando en sus controles.

Al poco rato, repitió la operación ya realizada anteriormente. Cuando Kella embarcaba de nuevo en la astronave, Jary le dirigió una amplia sonrisa.

—El presidente vendrá, lo mismo que el de Smylion. Vendrán, te lo aseguro, pero tú no podrás saber el resultado de lo que va a suceder aquí, hasta que alguien crea conveniente hacer pública la noticia.

—Le advertiré por radio...

—He inutilizado todos los sistemas de transmisión. La nave está programada para el regreso directo a la Tierra. Además, aunque pudieras avisar al presidente, no serviría de nada. Alguien, muy superior en rango a él, le ha obligado a venir a Godrob. O Bruddubnash, como prefieras.

Kella se marchó, terriblemente desconcertada, sin comprender en absoluto lo que sucedía. Peor todavía, había momentos en que se creía presa de una pesadilla. Jary y Fryna se habían vuelto invisibles y no lograba entender cómo lo habían conseguido.

Y gracias a aquella invisibilidad, ella y todos sus acompañantes habían sido derrotados vergonzosamente, lo que le hacía temer por su situación personal. Sería degradada, enviada a alguna fábrica, tendría que seguir unos cursos de reeducación...

* * *

Otra astronave descendió en las inmediaciones pocos días más tarde. En sus costados lucía una banda azul, llena de chispitas plateadas, que representaban otras tantas estrellas. Como signos de identificación, llevaba tres letras y una cifra: CSG 2. Jary lo vio y silbó tenuemente.

—Consejo Supremo de la Galaxia, astronave número dos —murmuró.

Era una nave «importante». La número uno estaba asignada al presidente del Consejo Supremo.

Una doble fila de guardias, brillantemente uniformados, desembarcaron y presentaron armas al pasajero que descendió a continuación. Era un hombre de poco más de cuarenta años, bien parecido, de cabellos rizados, muy cortos, oscuros, y vestido con una túnica azul claro, con grecas doradas. En el lado izquierdo del pecho ostentaba una gran placa vitrificada, en azul, con las mismas letras y el número 8.

Jary salió a su encuentro e inclinó la cabeza.

—Te saludo, Ferquus —dijo—. La joven que me acompaña es Fryna, de Smylion.

—No sabes cuánto celebro verte de nuevo —contestó—. Fryna, encantado de conocerte.

—Gracias, señor —dijo la muchacha.

—Encantadora —elogió Ferquus.

—Has progresado desde que nos vimos por última vez —dijo Jary —. Te felicito.

—Gracias. He procurado ser justo y ello me ha proporcionado un número más bajo que el que tenía antes.

—Un día veré en tu pecho el número uno —sonrió Jary—. Lo celebraré infinito, créeme.

—Ese día está aún muy lejano. Pero entremos en la nave; será mejor que hablemos con toda comodidad y en torno a una mesa bien provista.

Fryna se quedó pasmada del lujo interior. La astronave parecía un palacio. Discretos sirvientes iban y venían constantemente, llevando a la mesa platos exquisitos. Al observar a la muchacha, Ferquus se echó a reír.

—Personalmente, en mi vida privada, soy mucho más sencillo y no me gusta seguir un protocolo rígido ni ostentoso. Pero también me debo a mi cargo y éste exige, en ocasiones, que se demuestre su importancia. Esto no es cosa que yo me haya inventado, sino una regla que se sigue desde hace cientos de años.

—Sí, desde luego. Ferquus, ¿conoces cuál es la situación en Godrob?

—Algo me anticipaste en tu mensaje. Cuéntame y decidiré. El Consejo Supremo me ha otorgado plenos poderes para tomar una decisión de grado secundario. Si se trata de algo más importante, me vería obligado a convocar una reunión plenaria del Consejo.

—Lo sé, pero creo que podrás resolver este asunto con tu sola

presencia.

Jary empezó a hablar, mientras Ferquus le escuchaba atentamente. Cuando el joven hubo terminado, el consejero hizo un gesto de aprobación.

—Lo que me pides es enteramente justo —manifestó—. Además, ni siquiera nosotros conocemos los motivos por los cuales hay un estado de guerra entre tu planeta y Smylion.

—Smylion quiere conseguir la cuarta parte del producto terrestre bruto que se consigue en un día —intervino Fryna—. Representaría una indemnización enorme...

—Y la Tierra, a su vez, pretende espacio libre en Smylion, para enviar colonos —añadió Jary.

—En cierto modo —dijo Ferquus—; ambas pretensiones son lógicas. Smylion es un planeta poco desarrollado y en la Tierra hay demasiada gente. Pero si en Smylion se consideran pobres, el Consejo Supremo podría votar la concesión de una ayuda, sin necesidad de recurrir a la guerra. Y en cuanto a la Tierra, tenemos un par de planetas perfectamente colonizables, pero deshabitados. Lo que sucede es que están demasiado alejados de la Tierra, y a su gobierno no le interesa el gasto extraordinario que ello supondría.

—Perdería mucho más si Smylion se saliese con la suya —dijo Jary.

—Eso sí es cierto —convino Ferquus—. Bien, cuando lleguen los personajes a quienes esperamos, será el momento de tomar una decisión.

Los hombres de Smylion llegaron dos días más tarde y eran varios millares, capitaneados por su presidente Sfandrox. Aquel ejército se situó en orden de batalla y, pese a las intimidaciones de Ferquus, Sfandrox se negó a deponer las armas.

Fryna se sintió aterrada. Iba a producirse una matanza.

Orgulloso, seguro de su fuerza, Sfandrox avanzó hasta situarse a pocos pasos de Ferquus.

—Godrob es campo neutral. Así está reconocido por el Consejo Supremo. Por tanto, me niego a reconocer tu autoridad, y ya que esta traidora no quiso luchar por su planeta, lo haré yo, con mis hombres.

—¿Estás dispuesto a llegar hasta el fin, Sfandrox? —preguntó Ferquus.

—¿Lo dudas, acaso? —rió el interpelado.

—Muy bien, como quieras, pero no olvides que las consecuencias de todo cuanto suceda, caerán sobre tu cabeza. En cuanto a la pretendida neutralidad de Godrob, estás equivocado, porque en este planeta viven personas que son sus dueños y que no quieren guerras de otros planetas en su suelo. En este aspecto, todos hemos cometido errores, pero es hora ya de que empecemos a rectificarlos.

Sfandrox se golpeó el pecho con altanería.

—Mi ley es la fuerza —contestó.

Ferquus no dijo nada. Giró sobre sus talones y volvió a la nave, en la que ya se hallaban Jary y la muchacha.

—Pero ¿qué pretende ese loco? —exclamó Jary— ¿Quién le ha vuelto el cerebro del revés?

—No te preocupes —sonrió Ferquus—. Un miembro del Consejo Supremo no viaja nunca desprevenido. ¡Capitán!

—Señor...

—Vamos a despegar —dijo el consejero—. No quiero sangre, sólo deseo solucionar esta situación. Emplee el plan SO.

—Sí, señor.

La nave se elevó de inmediato, estabilizándose a unos doscientos cincuenta metros de altura. Luego se situó sobre las fuerzas del orgulloso Sfandrox. De pronto, algo se desprendió de su vientre.

Era un líquido que caía en forma de fina lluvia, de la que se desprendían tenues nubes de vapor, más pesado que el aire, por lo que descendía también al suelo. Sfandrox empezó a sentirse preocupado.

Una gota cayó en su mejilla y aspiró para captar el olor, pero no percibió nada. De pronto, sintió un ligero estallido en el interior de su cráneo.

Los soldados habían recibido también numerosas gotas de aquel líquido. De repente, se oyó una voz que tronaba por medio de un enorme megáfono:

—Todos los smylionitas, a sus naves. Sólo Sfandrox debe quedar en Godrob. Los demás, regresarán inmediatamente a Smylion.

Minutos más tarde, la explanada quedaba completamente vacía. Sólo había una persona, en pie, el cuerpo rígido y la mirada extraviada.

Ferquus se volvió hacia el joven.

—¿Comprendes ahora qué significa el plan SO?

—Sólo en parte, aunque no el significado de las iniciales.

—Sueño y obediencia. Lo empleamos en casos muy extremos y con ello evitamos recurrir al derramamiento de sangre.

—¿Hasta cuándo seguirá Sfandrox dormido?

—Lo sabrás enseguida. ¡Capitán, aterrice de nuevo! —ordenó el consejero.

—Bien, señor.

Momentos después, saltaban al suelo nuevamente. Ferquus se acercó a Sfandrox, quien continuaba en la misma postura, y le quitó la pistola lanzarrayos. Luego dijo:

—¡Despierta!

Sfandrox se estremeció.

—¿Qué me ha pasado? —exclamó. Miró a su alrededor—. ¿Dónde están mis hombres? —rugió, al darse cuenta de que no había nadie a su alrededor.

—Tus soldados han regresado a Smylion —dijo Ferquus—. Tú te quedarás aquí, para responder de tu conducta. Has quebrantado

gravemente las leyes galácticas y eso es algo que no se puede dejar pasar por alto, sin la sanción adecuada.

Sfandrox lanzó un juramento y buscó la pistola, pero se quedó quieto al darse cuenta de que había sido desarmado. Entonces, repentinamente, pareció desmoronarse. Su orgullo y su fanfarronería desaparecieron de forma instantánea.

—¿Qué... qué piensas hacer conmigo, consejero? —preguntó con voz insegura.

—Pronto lo sabrás —fue la sobria respuesta de Ferquus.

CAPÍTULO XII

Bushwukin, presidente de la Tierra, había llegado y, al igual que había sucedido con Sfandrox, su séquito había sido despedido. Bushwukin, furioso pero impotente, se mordía los labios, mientras aguardaba la decisión de Ferquus, sentado al pie de un árbol de grueso tronco y frondosa copa.

—En nombre del Consejo Supremo, al que represento y que me ha otorgado plenos poderes para resolver esta situación, os ordeno expresar los motivos por los cuales se produjo la declaración de guerra —dijo Ferquus solemnemente.

Hubo un momento de silencio. La guardia de honor de Ferquus flanqueaba la escena. Jary y Fryna estaban a la derecha del consejero, silenciosos espectadores de los acontecimientos. Como los demás, estaban sometidos a la autoridad de Ferquus.

Sfandrox fue el primero en hablar, evidentemente, de mala gana.

—El embajador de la Tierra solicitó audiencia conmigo —declaró —. Se la concedí, como es mi costumbre. Nunca me niego a recibir embajadores de otros planetas... No era un asunto de importancia, pero cometió una falta imperdonable.

—¿Una falta? —Ferquus levantó las cejas—. A ver, explícate.

—Nuestro protocolo exige que, al despedirse un embajador, haga tres inclinaciones de cabeza. El embajador de la Tierra hizo solamente dos.

Jary abrió la boca, estupefacto. ¿Aquél era el motivo por el que Smylion había lanzado su ultimátum?

De pronto, le entraron ganas de reír. Sólo el pensamiento de que estaba presenciando una especie de juicio, cuya solemnidad no excluía que se celebrase al aire libre, le impidió romper en una estentórea carcajada. Pero ya Ferquus se volvía hacia el presidente de la Tierra.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Sí —admitió Bushwukin, pálido de furor.

—Tu embajador conocía el protocolo, supongo.

—Sí.

—Cada gobierno tiene su protocolo y exige determinadas actitudes que, por ridículas que puedan parecernos, son muy respetables. Por tanto, opino que la ofensa partió de la Tierra, representada en su embajador, al no respetar el protocolo de Smylion.

Sfandrox sonrió satisfecho. Jary lo vio y pensó que el sujeto pensaba en que le iba a ser concedida la razón de su declaración de guerra.

Ferquus continuó:

—A la vista de los antecedentes de la cuestión, debo declarar que fue una ofensa deliberada, al objeto de recibir un ultimátum que no podía ser admitido, con lo que Korthok, es decir, la Tierra, podía obtener inmensas extensiones de terreno para sus colonos. Pero también opino que una leve falta de protocolo no es suficiente para una declaración de guerra, máxime cuando, no seguro de vencer en el conflicto, el autor de esa declaración ha decidido emplear medios prohibidos, como ha sucedido en el caso de Sfandrox.

»Los motivos de estas actitudes no sólo eran interesados, sino que no se hicieron públicos, para ocultar la verdad a los ciudadanos, cosa que un gobernante no debe hacer jamás. Por tanto, declaro culpables a ambos bandos, sobre todo, porque no emplearon otros medios pacíficos para solucionar el conflicto. Si Smylion tiene necesidad de ayuda, la Tierra podría habérsela prestado a cambio de la cesión de algunos territorios colonizables, puesto que el espacio sobra en el primer planeta mencionado. No se recurrió a la discusión, sino a la fuerza, y esto es algo que el Consejo Supremo no puede tolerar. Mi veredicto es de culpabilidad para ambos —finalizó Ferquus su discurso.

Bushwukin y Sfandrox parecían abrumados. Ambos conocían el poder de un consejero y sabían que sus decisiones eran siempre respaldadas por el Consejo Supremo.

De pronto, Jary se inclinó hacia Ferquus y le habló al oído. El consejero escuchó atentamente unos segundos y luego hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, dejo la decisión en tus manos —accedió.

Jary adelantó un paso.

—Vosotros nos enviasteis a la guerra, a Fryna y a mí, alegando elevadas razones, que nunca entendimos bien del todo. Estuvimos a punto de darnos muerte, aunque fuimos más sensatos y depusimos las armas por nuestra cuenta. Ciertamente, no fue una guerra a la cual se enviaban millones de soldados, pero, en el fondo, era sólo el principio de un conflicto cuya extensión no se podía predecir, y tenemos un ejemplo de ello en la actitud de Sfandrox, al venir aquí acompañado de varios miles de soldados. Sfandrox hubiera vencido momentáneamente en el conflicto, pero la Tierra habría enviado luego verdaderas legiones, directamente a Smylion, para conquistar el planeta y exterminar a sus habitantes, si hubiera sido preciso. En nombre de los ciudadanos que amamos la paz, y por cortesía del consejero, voy a dictar la sentencia que debéis cumplir. Habrá guerra, sí, pero vosotros dos seréis los protagonistas. El vencedor podrá

regresar a su planeta, pero será destituido de su cargo. El que pierda, será exiliado de su planeta durante veinte años, y residirá en el lugar que designe el consejero.

Era una sentencia dura, reconoció Jary, pero, de este modo, sentaba un precedente para futuros conflictos. Pocos gobiernos se lanzarían a la guerra, si su nueva ley exigía que fuesen sus presidentes los que actuasen personalmente en el combate.

—¿Qué... qué armas emplearemos? —preguntó Bushwukin.

—Lo sabréis enseguida.

Ferquus dio una orden a su capitán. En pocos minutos, Bushwukin y Sfandrox se encontraron sumergidos en dos hoyos, con la tierra hasta las caderas, fuertemente apisonada en torno a su cuerpo. Dos soldados les quitaron las ropas, dejándoles el torso desnudo.

La distancia entre ambos contendientes era inferior al metro. Jary dio una palmada:

—¡Vuestras armas serán los puños! Recordad, el que pierda, no podrá regresar a su planeta. ¡Empezad!

Ferquus hizo un gesto con la mano. La seriedad de sus soldados de escolta se disipó en el acto.

Empezaron a sonar las primeras carcajadas. Los contendientes se golpeaban ridículamente, sin precisión, dando muchas veces en el vacío. De vez en cuando, sin embargo, un puño alcanzaba un ojo o una nariz y el afectado lanzaba un chillido de dolor.

El combate cesó casi de repente. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos contendientes levantaron los brazos al mismo tiempo.

—¡Me rindo! —exclamaron al unísono.

Jary y el consejero cambiaron una mirada.

—Los dos están derrotados —dijo el primero.

—Por tanto, los dos están depuestos de sus cargos y no podrán

regresar a su respectivo planeta. —Ferquus miró con dureza a los abatidos individuos—. Esto servirá de ejemplo a otros jefes de estado con veleidades belicosas. El combate ha sido debidamente registrado y una copia de todo lo sucedido aquí, será enviada a todos y cada uno de los gobiernos dependientes del Consejo Supremo de la Galaxia.

»Cada vez que un gobierno se sienta en conflicto con el de otro planeta, o de una parte de dicho planeta, serán sus jefes de Estado los que deberán pelear personalmente, en forma absolutamente pública, para que todos puedan ver lo que sucede y, además, ya conocidos los motivos de ese conflicto. ¡Capitán!

El comandante de la nave saludó.

—Señor...

—Lleve a esos dos hombres a la nave y enciérrelos en camarotes distintos. El Consejo Supremo decidirá el lugar dónde deben residir durante los veinte años de su destierro.

—Sí, señor.

* * *

Jary, Fryna y el consejero paseaban apaciblemente por las inmediaciones de la nave. De pronto, Jary exclamó:

—Ferquus, tengo que pedirte otra cosa.

—Si está en mis manos...

—Creo que sí. Los nativos me han nombrado su representante, al menos para esta ocasión. No quieren que haya más guerras en este planeta. Godrob no debe ser campo de batalla para nadie. A veces, y aunque los combatientes eran solamente dos, se han producido verdaderas catástrofes. No quieren que vuelva a suceder.

—Concedido —respondió Ferquus en el acto—. ¿Qué más?

—Te pediría algo más, pero no sé si podrás.

—Explícate, hombre. Si no hablas, no lo sabré —sonrió el consejero.

—Se trata de mi planeta —contestó Jary—. Ya sé, son asuntos internos y no puedes inmiscuirte en ellos... pero aquello no es vida. Todo programado de un modo absoluto, desde el nacimiento a la muerte, sin que puedas evadirte un solo instante, después de que alguien ha dictado tu camino al milímetro...

—Tú evadiste ese programa —dijo Ferquus, que conocía la historia de los últimos tiempos de Jary.

—Sí, es cierto, pero ¿qué me habría pasado, si la computadora no me hubiese elegido para ir a la guerra? Estaría ahora con el cerebro lavado, trabajando como un robot, cuerpo sin alma, atento solamente a las necesidades físicas esenciales para la vida. Eso es lo que se tendría que combatir. La gente necesita un poco más de iniciativa, un poco más de libertad, Ferquus.

F I N